

## SECTAS MÍSTICAS.

---

ALUMBRADOS.—QUIETISTAS.—MIGUEL DE MOLINOS.—  
EMBUSTES Y MILAGRERÍAS.

(Conclusión.)

IX.—EL QUIETISMO EN FRANCIA.—EL PADRE LE COMBE Y JUANA GUYON.—CONDENACIÓN DE LAS «MÁXIMAS DE LOS SANTOS», DE FENELON.

Aunque el Quietismo francés, especialmente en Fenelon, no tomó en sustancia de los Molinosistas españoles más doctrina que la del *puro amor*, conviene decir dos palabras de este ruidoso negocio, ya que amigos y adversarios mezclaron en él el nombre de Molinos. Seré muy breve, porque los documentos abundan, y porque la cuestión entre Bossuet y Fenelon es para nosotros de un interés muy secundario. ¶

En medio de las pompas de Versalles, y del carácter algo profano y teatral de aquella corte y de aquella época, el siglo de Luis XIV fué fecundo en místicos y teósofos, y los últimos años del desastroso reinado que la adulación llamó *grande*, vieron desarrollarse, al amparo de Madama de Maintenon, algo la piedad sincera, y mucho la mojigatería. ¶Púsose de moda la devoción, como pocos años más adelante, en tiempo del Regente, la impiedad y la licencia, la hipocresía del vicio sustituida á la hipocresía de la virtud.

En Francia habían sido muy leídos los místicos españoles, y traducidos todos, especialmente Santa Teresa y San Juan de la

Cruz. En sus obras se amamantaron tan nobles espíritus como el angélico Obispo de Ginebra y la santa Baronesa de Chantal. Pero mezclados con los libros y enseñanzas de tan sublime doctrina, vinieron, así de España como de Italia, todos los frutos de la demencia de *quietistas* é *iluminados*, y á su vez tuvieron discípulos y formaron escuela (1). No faltó á la secta su Priscila: que nunca se ha visto congregación de alumbrados sin influjo femenino. Sólo que en Francia la iniciadora de esos sueños místicos no fué, ni podía ser, una monja taumaturga, ó alguna beata andariega, como en nuestra democrática España, sino una mujer de mundo y de alto nacimiento, hermosa, elegante, y tan conocida en los salones como en las iglesias. Tal fué Juana de la Mothe Guyon, viuda joven, rica y muy bien emparentada, cuyo púlpito ó academia fué el hotel Beauvilliers. Allí la conoció Fenelon.

En sus escritos, que son innumerables y muy voluminosos (señalándose entre ellos el *Medio corto y fácil de hacer oración*, la *Explicación mística del Cántico de los Cánticos*, los *Torrentes*, las *Justificaciones*, la *Vida íntima*, y un enorme comentario *espiritual á la Biblia*) (2), se da la mano con Molinos, aunque jamás llegó á leerle, y explica, como él, que «el éxtasis perfecto se cumple por la aniquilación total, en que el alma, perdiendo el propio dominio, se abisma en Dios, sin esfuerzo y sin violencia, como quien entra en el lugar que le es propio y natural». Lo mismo que los quietistas italianos, tiene en poco la oración vocal. «Mi corazón (dice), sin ruido de palabras, se hace oír de su bien amado, y oye á su vez el *silencio* profundo del Verbo siempre elocuente, que habla sin cesar en el fondo del alma».

Á sus errores juntaba Madama Guyon una petulancia y vanidad femenil y francesa, verdaderamente extraordinarias, y se distinguía por la nota característica de todos los falsos místicos: la ausencia de humildad. Creía recibir visitas de los ángeles; lla-

---

(1) Vid. las biografías de Bossuet y Fenelon, por el Cardenal Beausset; y como libro racionalista, *Le Mysticisme en France, au temps de Fénelon*, de Matter. (París, Didier, 1866.)

(2) Sus obras completas llenan cuarenta volúmenes en la edición de París, 1790.

mábase la *esposa del Niño Jesús*, y la *madre espiritual* de Fenelon, entonces muy joven, y se juzgaba nacida para la predicación y la enseñanza. Quiso convertir á los ginebrinos; pero el Padre Le Combe, barnabita, director de las *Jóvenes Católicas* de Gex, la retrajo de tal propósito, y formó con ella alianza mística, en que muy pronto el superior entendimiento y la vigorosa iniciativa de la Guyon se sobrepuso al débil carácter de su director.

«Nuestra unión era tan perfecta (dice Madama Guyon), que no formábamos más que una unidad, de manera que yo apenas podía distinguirle de Dios».

Juntos dogmatizaron y enseñaron en Marsella, Lyon, Grenoble, y, finalmente, en París, donde fué denunciado en 1688 el P. Le Combe, como sospechoso de Molinosismo, por su *Análisis de la oración mental*. El Arzobispo de París, Monseñor D'Harlay, obtuvo una orden real para encerrarle en la Bastilla, de donde pasó á la isla de Oleron, y, por último, al hospital de Charenton, en un estado de furiosa demencia.

Madama Guyon (encerrada en las Visitandinas de la calle de San Antonio) se defendió con habilidad. Pero aunque fuese cierto que no había llegado á las extremas consecuencias del Quietismo, también lo era que recomendaba el estado de aniquilación, en que el alma nada quiere, nada desea, ni aun su propia salvación; lo cual llamaba amor *desinteresado* y *perfecto*.

Esta teoría, enervadora de la voluntad, contagió á Fenelon, que simple clérigo ó abate todavía, pero muy apreciado por la pureza y sencillez de sus costumbres, por lo dulce y ameno de su trato, y por la gracia literaria de sus primeros escritos, frecuentaba mucho la corte, y aun más el hotel Beauvilliers, donde era oída como un oráculo, en materias de misticismo, la autora de los *Torrentes*, libre ya de su reclusión, después de ocho meses. «Me interesé por él (dice hablando de Fenelon) con extremada fuerza y dulzura. Parecióme que Dios me unía á él más íntimamente que á ningún otro..... El espíritu que hallé en mi interior me pidió el consentimiento para esta unión, y yo le dí. Entonces se verificó en mí una como filiación espiritual..... Al principio creí que no gustaba de mí..... Luego se aclaró un poco el nublado».

Realmente es cosa que pasma, el que una mujer que en tales términos se explicaba, y á quien no sabe uno si calificar de visio-

ria y loca, ó de coqueta á lo divino, llegase á influir por tan extraño modo en un espíritu tan recto y claro como el del autor del *Tratado de la existencia de Dios* y de la refutación de Malebranche. Pero todo hombre tiene los defectos de sus cualidades, y el defecto de Fenelon (dicho sea *pace tanti viri*) era cierta tendencia al sentimentalismo religioso y declamatorio, de que han solido adolecer los franceses. Como quiera, el buen gusto, y el mismo candor y sinceridad de alma del futuro Arzobispo de Cambray, le libraron de caer en las risibles aberraciones de Madama Guyon, á quien entonces se abrían todas las puertas, hasta la del colegio de Saint-Cyr, y sonreían todos, inclusa la misma Madama de Maintenon. Tan satisfecha estaba la nueva profetisa y *maestra de espíritus* con su *misión* providencial, que llegó á decir que «disfrutaba de una felicidad semejante á la de los bienaventurados, salva la visión beatífica».

El Obispo de Saint-Cyr hizo nueva denuncia contra ella: el Obispo de Chartres fulminó un *Aviso ó Instrucción Pastoral*, y entrando en cuidado Madama de Maintenon, quitó los libros de la famosa iluminada de manos de las educandas de Saint-Cyr, y prohibió á la Guyon la entrada en aquel convento. Con esto acabó de desatarse la tempestad, primero contra ella, luego contra Fenelon. Y al frente de sus contradictores se puso desde luego el gran Bossuet, espíritu dogmático y austero, poco místico, pero teólogo á macha-martillo, y enemigo de sueños y visiones. Júzguese lo que pensaría de los *Torrentes*, de los *Nuevos Apocalipsis* y de la autobiografía que Madama Guyon tuvo la torpeza de someter á su examen. Examinados sus escritos, é interrogada ella misma en las conferencias de Issy por una comisión que formaban Bossuet, el Obispo de Chalons y el Abate Tronson, formulóse en treinta y cuatro artículos una explícita condenación del supuesto estado de contemplación y reposo permanente é invariable, y de la *muerte espiritual* en el sentido de *aniquilación*, y no en el de *purificación*, como el Apóstol la entiende. La pena impuesta á Madama Guyon fué muy leve, si es que merecía llamarse pena: pasar seis meses en Meaux, bajo la dirección espiritual de Bossuet, que se proponía convertirla. Ella pasó por todo, y firmó una abjuración de su doctrina; pero pronto dejó la tutela de Bossuet, para volverse á París.

Hasta ahora Fenelon había intervenido poco en estas cuestiones, limitándose á extractar pasajes de libros místicos sobre el amor puro y la contemplación, para que Bossuet los tuviera presentes en las conferencias de Issy. Aun duraba su amistad, y también el crédito de Fenelon en la corte, pues el mismo año de las conferencias de Issy, en 1695, era exaltado á la archidiócesis de Cambray, y Bossuet presidía á su consagración.

Pronto estallaron las hostilidades. Fenelon se negó con leves pretextos á condenar los escritos de Madama Guyon, como ya lo habían hecho el Arzobispo de París y los Obispos de Meaux, Chalons y Chartres. En 10 de Diciembre de 1695 Madama Guyon fué presa y conducida á Vincennes, de donde salió desterrada para el obispado de Blois. Allí pasó sus últimos años en obras de caridad y devoción, arrepentida de sus errores, á lo que parece.

Fenelon salió á la defensa de la reclusa de Vincennes, y negó su asentimiento á la *Instrucción Pastoral* de Bossuet sobre el estado de la oración, en que se achacaban á la Guyon todos los errores de Molinos, hasta los más abominables. Por el contrario, el Arzobispo de Cambray negaba todo parentesco entre las dos enseñanzas, y para mostrar que la doctrina del puro amor era conforme á la de los místicos antiguos, compuso su *Explicación de las Máximas de los Santos sobre el estado de la oración*. Sus amigos publicaron el libro, quizá demasiado pronto, y contra su voluntad. El efecto fué desastroso. Fenelon fué desterrado de la corte, lo cual aquellos palaciegos tenían por incomparable desgracia: como si la residencia de un Obispo debiera ser Versalles, y no su diócesis. Se delataron las *Máximas* á Roma, y mientras estuvo la cuestión *sub judice*, se cruzaron de una parte á otra innumerables opúsculos, en que hicieron, Bossuet gallarda muestra de su elocuencia y vigor polémico, y Fenelon de su saber místico y de la candidez de su alma.

Triunfó Bossuet, no por las intrigas de sus agentes en Roma, ni porque el Rey y Madama de Maintenon estuvieran con él, sino por una razón más fuerte y poderosa que todas estas: porque tenía razón en la polémica.

Inocencio XII condenó en 1699 veintitres proposiciones del libro de las *Máximas*, no como heréticas, sino como erróneas. Referianse todas al amor desinteresado y á la oración pasiva. El

mejor de los biógrafos de Fenelon, el Cardenal Beausset, las resume en estas palabras:

«Hay en esta vida un estado de perfección, que excluye el deseo de la recompensa y el temor de las penas.

»Existen almas tan resignadas á la voluntad de Dios, que si en un estado de tentación llegasen á creer que Dios las condena á las penas eternas, las aceptarían gustosas, sacrificando al amor de Dios su propia salvación».

Doctrina, á primera vista generosa y deslumbradora, pero contradictoria hasta en los términos; porque, ¿qué es el amor á Dios sino la aspiración al Bien Absoluto? ¿Y no es una quimera el amor que excluye su objeto y mata la esperanza?

Fenelon, notable ejemplo de humildad cristiana, se sometió, y leyó desde el púlpito de Cambray el Breve de condenación de las *Máximas de los Santos*. Pero una memoria que dejó manuscrita entre sus papeles, para que, después de muerto él, se remitiera al Papa, insiste en probar que «jamás pretendió defender ninguna de las veintitres proposiciones en los términos en que están enunciadas en el Breve;» y torna con atenuaciones á la doctrina del puro amor, idéntica en sustancia á la moral desinteresada de los kantianos y demás filosofistas modernos, que vedan hacer el bien por motivos de esperanza ó de temor.

#### X.—EL QUIETISMO Y LA MÍSTICA ORTODOXA.

La impiedad moderna, en su diabólico afán de confundir la luz con las tinieblas, y llamar bueno á lo malo y malo á lo bueno, ha dicho, por boca de sus doctores sin luz, que el Quietismo y las sectas alumbradas nacieron del misticismo español, y son su fruto legítimo. Mil veces he leído y oído decir que Molinos descende de Santa Teresa, que la mística española es panteísta, y otros mil absurdos de la misma laya.

Pero quien con atención siga la historia de las herejías, verá, como al principio de este capítulo queda explicado, que la genealogía de Molinos se remonta mucho más, y no pára hasta Sakya-Muni y los budhistas indios, y que desde ellos descende, pasando por la escuela de Alejandría y por los Gnósticos, hasta los Be-

gardos y los Fratricellos y los místicos alemanes del siglo XIV. Y sabrá también que las gotas de sangre española que el Quietismo tiene, son de sangre heterodoxa, ya priscilianista, ya árabe de Tofáil (*el filósofo autodidacto*), ya de los alumbrados del siglo XVI. Y ni estos alumbrados, ni menos los *fratricellos* y los *begardos*, aunque unos y otros hayan sonado más ó menos ruidosamente en nuestra historia, son planta indígena, pues en Provenza, en Italia y en Francia los hubo antes, y de más importancia, y en mayor número. Ni había, puede decirse, mística española cuando comenzaron los *alumbrados*. Ni Molinos dogmatizó en España, ni tuvo aquí discípulos hasta el siglo XVIII, ni hizo aquí ruido su herejía, ni leyó nadie su libro, que es, y ha sido siempre, *rara avis* en nuestras bibliotecas. Y si por haber dado cuna al heresiarca aragonés se nos califica de nación embrutecida, ignorante, fanática y sensual, ¿qué diremos de la Francia de Luis XIV, donde el Rey y Madama de Maintenon, y Bossuet y Fenelon, y la corte y los literatos, y cuanto había de culto y elegante en aquella sociedad, se apasionó en pro ó en contra de esa doctrina española, que aquí mirábamos con indiferencia? ¿Qué de Italia, donde hasta un Cardenal fué discípulo de Molinos, y tuvo la secta iglesias y congregaciones? ¿Qué de los protestantes ingleses y alemanes, que pusieron la *Guía Espiritual* sobre sus cabezas? ¿Qué de Leibnitz, que no se desdeñó de intervenir en la cuestión del amor puro? ¿Qué de los *pesimistas*, que reproducen hoy, con otro sentido, la doctrina del *Nirwana*, y de los innumerables sofistas que, desde Fichte acá, preconizan la *moral desinteresada*?

Resulta de todo esto, mirada la cuestión histórica é imparcialmente, que no tenemos que responder los españoles solos de los extravíos alumbrados y quietistas, que son muy viejos en el mundo, y comunes á todas edades, razas y naciones, y brotan lo mismo en el siglo VII antes de Cristo, que en el XVI y en el XVII y en el XIX, después de su venida; porque nunca faltarán ilusos y fanáticos que, llamándose *Gnósticos* ó *Krausistas*, ó de cualquiera otra manera, pretendan alcanzar en esta vida la *intuición de lo absoluto, directa y en vista real*; que es á lo que viene á reducirse la metafísica de todo este grupo de sistemas y herejías, en su esencia panteísticos. ¿Por qué se ha de culpar del

desarrollo de tales plantas á la Inquisición española, que las descujaba de raíz y sin piedad? Por ventura, en materia de extravagancias, visiones y alumbramientos, ¿no vale más que todos los nuestros juntos el zapatero teosofa Jacobo Boehme, con todo y haber nacido en la Alemania protestante? ¿Eran españoles los Anabaptistas? ¿Y con qué derecho acusan á España ni al Catolicismo de favorecer tales engendros los impíos del siglo XVIII, que se iban como embobados detrás de nuestro Martínez Pascual ó del visionario Swedemborg, ni menos los de este, que miran como cosa seria el espiritismo, verdadera secta iluminada, tan repugnante, inmoral y enervadora como las antiguas?

¿Y por qué ha de recaer exclusivamente en nosotros la afrenta de Molinos, cuando Italia, donde él escribió y dogmatizó, estaba llena de *quietistas*, denunciados en 1655 por el Obispo de Brescia, en 1671 por el inquisidor Montferrato, siendo así que la *Guía Espiritual* no apareció hasta 1675? ¿No podría decirse que Molinos, lejos de ser maestro y contagiador, fué discípulo de Giacoppo di Filippo y de Antonio Girardi, y que si llegó á dar su nombre á la secta fué sólo porque tenía más talento y más gracia de estilo, y quizá más franqueza que ellos?

¿Quién osa comparar la doctrina de Molinos con la de nuestros místicos ortodoxos? Tomemos al más exaltado de ellos, á San Juan de la Cruz, tan citado por todos los críticos racionalistas, que ni le entienden, ni le leen entero.

¿Qué dice el sublime reformador del Carmelo? Que *la vida espiritual perfecta es posesión de Dios por unión de amor* (*Subida del monte Carmelo*), y que á esta perfección no se llega sin el *ejercicio de las tres virtudes teologales* (*Avisos y sentencias espirituales*, pág. 16). Es decir: con la *esperanza*, anatematizada por los quietistas; con las obras de *caridad*, de que ellos huyen. Y expresamente dice el extático Doctor de Hontiveros, que las gracias y favores espirituales no son permanentes ni *de asiento*, sino por *vía de paso*, y que en ellos, lejos de revelar Dios su esencia cara á cara, *da claramente á entender y sentir.... que no se puede entender ni sentir del todo.* (*Avisos*, pág. 28.)

¿Cómo errar con tales avisos? Ya nos advierte el santo Doctor que «cualquier alma de por ahí, con cuatro maravedises de consideración, si sienten algún recogimiento, luego lo bautizan

todo por de Dios, y..... ellas mismas se lo dicen, y ellas mismas se lo responden, con la gana que tienen de ello». Quien así sentía de los reveladores y visionarios, y aun llegaba á decir que «el alma que pretende revelaciones peca venialmente por lo menos..... y va disminuyendo la perfección de regirse por la fe, y abre la puerta para que el demonio le engañe», ¿puede tener parentesco alguno con los alumbrados?»

¿Y este amor de Dios excluye la inteligencia? No, responde nuestro Santo: «el perfecto amor de Dios no puede estar sin conocimiento de Dios y de sí mismo». (*Avisos*, pág. 94.) ¿Y se pueden descuidar los sentidos, absorta el alma en la contemplación? Tampoco, sino *guardarlos, porque son puertas del alma*. (*Avisos*, pág. 110.)

Los quietista olvidan la consideración de la Humanidad de Cristo; y, por el contrario, San Juan de la Cruz nos enseña (*Avisos*, pág. 250), que «por su vista y meditación amorosa se subirá más fácilmente á lo muy levantado de la unión, porque Cristo, Señor Nuestro, es verdad, camino y guía para los bienes todos».

San Juan de la Cruz cantó en prosa admirable, y en versos aun más admirables que su prosa, y de fijo superiores á todos los que hay en castellano, las delicias de la unión extática, que llama *dulce abrazo*, en que *siente el alma la respiración de Dios*:

Quedéme, y olvidéme,

El rostro recliné sobre el Amado:

Cesó todo, y dejéme,

Dejando mi cuidado

Entre las azucenas olvidado.

Pero para llegar á esta unión, que es siempre *por fe*, y no directa, ha de pasarse antes por las vías *purgativa é iluminativa*; y aun en el momento del éxtasis conserva el alma su individualidad, y se reconoce sustancialmente distinta de Dios, y no se aniquila, sino que ejerce su libertad en el mismo acto de entregarse, cuando exclama el divino poeta:

Apaga mis enojos,

Pues que ninguno basta á deshacellos,

Y véante mis ojos,  
 Pues eres lumbre de ellos,  
 Y sólo para ti quiero tenellos.  
 Descubre tu presencia,  
 Y máteme tu vista y hermosura....

Declara en seguida en el comentario que lo que pide es ser desatado de los lazos de la carne, *pues en ella no puede verse ni gozarse la divina esencia como él desea*, y que en esta vida sólo comunica Dios ciertos visos entre-oscuros de su divina hermosura, que hacen codiciar y desfallecer al alma en el deseo de aquello que siente encubierto. Pero si lo viese cara á cara moriría, porque dijo el Señor á Moisés en el Sinai: «*Non poteris videre faciem meam: non enim videbit homo, et vivet*».

¿Y qué diremos de la mística doctora de Ávila? ¿Quién tuvo mejor sentido, sentido más práctico, en la recta acepción de la palabra? ¿Quién más enemiga de deslumbramientos y trampantojos? ¿Quién más prudente y mesurada? Por eso da á su doctrina una base psicológica, y arranca del conocimiento propio, en las *Moradas*. Llega á tratar de la oración de recogimiento (Morada IV), ó de quietud (como decían los Molinosistas), y buen cuidado tiene de advertir, con muy gracioso símil, que entonces más que nunca se guarde el alma de ofender á Dios y esté apercebida contra la tentación; porque «si á un niño que comienza á mamar se le aparta de los pechos de su madre, ¿qué se puede esperar de él sino la muerte?» ¡Qué burla más donosa de los falsos devotos, que «como sienten algún contento interior, y caimiento en lo exterior y flaqueza.... déjanse embebecer, y mientras más se dejan, se embebecen más, y les parece arrobamiento.... y llámole yo abobamiento, que no es otra cosa más de estar perdiendo tiempo allí y gastando su salud!»

Por eso el alma, si en la oración de recogimiento es María, en la de unión es Marta; porque Santa Teresa no separa nunca la vida activa de la contemplativa. «Amor de Dios y del prójimo es en lo que hemos de trabajar: guardándolas con perfeccion, hacemos su voluntad, y así estaremos unidos con Él.... La más cierta señal que á mi parecer hay.... es guardar bien el amor del prójimo.... Y estad ciertas que mientras más en éste os

viéradéis aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios....» Y añade, como si viera en profecía á los quietistas escudarse con su autoridad y con su nombre, y los rechazara como malos é infieles discípulos: «Cuando yo veo almas muy diligentes á la oración..... y muy encapuzadas cuando están en ella, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento, porque no se les vaya un poquito de gusto y devoción que han tenido, háceme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión.... Que no, hermanas, no: *obras quiere el Señor*: que si ves una enferma á quien puedes dar un alivio, no se te dé nada de perder esa devoción, y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor te duela á ti.... Esta es la verdadera *unión*». (Morada V.)

¡Y este es el misticismo español, no enfermizo ni egoísta é inerte, sino viril y enérgico y robusto, hasta en la pluma de las mujeres! Nadie ha descrito como Santa Teresa la unión de Dios con el centro del alma; nadie la ha declarado con tan graciosas comparaciones, ya de las dos velas de cera que juntan su luz, ya del agua del cielo que viene á henchir el cauce de un arroyo. Pero esta unión no trae consigo el aniquilamiento ni el *Nirwana*: el alma reconoce y afirma su personalidad, y fortificada «con el vino de la bodega del Esposo», vuelve á la caridad activa y á las obras. (Morada VII.)

M. MENÉNDEZ PELAYO.

## LIENDO

6

## EL VALLE PATERNO.

Del riesgo vencedor y la distancia  
Que entre dos mundos pone el mar de Atlante,  
Á ti me acerco, valle de mi infancia,  
De temor y esperanza palpitante.

Un siglo es cada instante.  
¡Cuán ancho el río! El arenal ¡cuán largo!  
Columbro al fin el somo del Candina.  
¡Qué lento sube en el azul sereno!  
Corro, vuelo, traspongo la colina.....  
¡Feliz puedo espirar!..... Héme en tu seno.

Valle, donde benigna suerte quiso  
Cercaran mi niñez dicha y ternura,  
Cuando gocé tu paz de Paraíso  
No supe valorar tanta ventura.

Después, maestra dura,  
Enseñóme la ausencia entre zozobras  
Á comprender, á desear tu calma;  
Y vuelvo, como ves, de los extraños  
Con heridas de penas en el alma,  
Con la escarcha, en el rostro, de los años.

Tú también, valle amado ¡cuán distinto!  
Víctima fué de la segur impía  
La selva que en gracioso laberinto  
Las laderas del término vestía.  
Las rocas á porfía

Asoman, cual gigantes osamentas,  
 Del pie de la montaña al horizonte;  
 Rastroero abrojo al haya sustituye,  
 Y la aridez conquista en cada monte  
 Cuanto el avaro leñador destruye.

No ya, afianzada en sólidas raíces,  
 En vistosos rectángulos despliega,  
 Rico marco de espléndidos maíces,  
 La viña sus verdores por la vega;  
 Ni ya el rabel congrega  
 Lucio rebaño en pasto redundante.  
 Pasó, cual plaga egipcia, insecto crudo (1):  
 Y con sorpresa amarga, ven los ojos  
 Tronco de vid, de vástagos desnudo,  
 Ganado ruin en míseros rastrojos.

El membrudo garzón de la labranza  
 Abandona el fecundo ministerio  
 Á mujeres y ancianos sin pujanza;  
 De la codicia al riguroso imperio,  
 En el otro hemisferio  
 Insegura riqueza solicita:  
 Torna doliente ó viejo, cuando vivo;  
 Y del caudal indiano en recompensa,  
 Halla los patrios campos sin cultivo  
 Y los paternos lares sin defensa.

De primavera á las sutiles auras,  
 Al vivífico aliento del verano,  
 Tu pristina beldad tal vez restauras,  
 Tal vez recobras tu vigor lozano;  
 Pero el otoño en vano  
 Á disfrazar tu desnudez aspira  
 Con restos de su regia vestidura:

---

(1) *Oidium: philoxera vastatrix.*

Y al contemplarte mísero, discierno  
 Cuánto cuadre mejor con tu tristura  
 La túnica severa del invierno.

¡Qué silenciosa soledad! ¡Cuán honda  
 De tus risueños sotos la mudanza!  
 ¿Por qué no suena por la alegre fronda  
 El tamboril de la festiva danza?

Diríase que avanza  
 De la discordia el ominoso espectro  
 Espiando tus limpios horizontes:  
 Del leñador el carro, con chirrido  
 Áspero, finge en los lejanos montes  
 De venideros males el quejido.

Cesaron ya los plácidos cantares  
 Del labrador que, tras la grave yunta,  
 Retornaba al solaz de los hogares  
 Do parca cena la familia junta.

Mi corazón pregunta  
 Con ansia y miedo por amigos techos.....  
 Sació su rabia en unos el estrago:  
 De otros ya, en espiral, no se levanta  
 Humo que figuró en el éter vago,  
 De doméstica paz bandera santa.

Álzase en arco de maciza piedra  
 Sobre el camino, al pie de la colina,  
 Mi hogar antiguo: junto al huerto aun medra,  
 Con nobles cicatrices, vieja encina

Que, cual reina, domina  
 Sobre el mustio follaje del contorno;  
 Y allá, como en brocal de peña dura,  
 Mana y desborda cristalina fuente  
 Que al arroyo vecino se apresura,  
 No sé si melancólica ó riente.

¡Salve, sacra mansion de mis mayores!  
 Arrasados en lágrimas, mis ojos

Contemplan tus ruinosos miradores;  
Y ante el ansiado umbral caigo de hinojos.

De la muerte despojos  
Gran tiempo fueron ya cuantos mi infancia  
Rodearon de afección: ellos constantes  
En el santuario de mi pecho viven.....  
¡Y en mi propio solar fríos semblantes  
Hoy como advenedizo me reciben!

Un tiempo—¡ay breve!—la presencia mía  
Júbilo en estos muros despertaba:  
Siempre un amante labio sonreía;  
Siempre una mano amiga se alargaba.

Viejo corcel turbaba  
Con alegre relincho en el establo  
El rumiar sosegado de los bueyes:  
y olvidaba el mastín, con noble ahinco,  
De su cadena las tiranas leyes  
Para abrazarme en turbulento brinco.

Entro, subo, recorro cada estancia.....  
¡Reina aquí el abandono, aquí la inopia!  
Quiero inquirir, y en triste resonancia  
Devuelve el eco mi palabra propia.

En abrumante copia  
Me asaltan los recuerdos: allá miro  
El padre austero que al sumiso grupo  
De la familia, ejemplo fué admirable;  
Acá la santa madre, que hacer supo  
El deber fácil, la virtud amable.

De los rudos patriarcas de la aldea  
La abuela, con los nietos consentidos,  
En las noches de invierno se rodea,  
Al amor de la lumbre reunidos.

Ó suena en mis oídos,  
La voz entre severa y cariñosa,  
Del docto Sacerdote, á cuyo celo

Debí entender los que el fecundo Lacio  
 Dió á las humanas letras por modelo,  
 Marón y Livio, Cicerón y Horacio.

Tenaz repasa la memoria y nímia  
 Escenas de campestres emociones:  
 El gozo de la siega y la vendimia,  
 El entrojarse mazorecas y vellones;

Luego las impresiones  
 Profundas de domésticos pesares:  
 La eterna ausencia, la partida amarga,  
 Las ruinas que en mi mente reconstruyo.....  
 ¡Me asfixia este aire! ¡El vértigo me embarga!  
 ¡No puedo más; salgo, desciendo, huyo!.....

Huyo hasta do la altiva pompa extiende  
 La encina de mis lares protectora.  
 Aquí mi horrible agitación suspende  
 La voz del sacro bronce, que á la hora

Del crepúsculo llora:  
 Voz que el pasado al alma restituye;  
 Eco de aquella Religión de antaño  
 Que para todo mal tuvo un consuelo.  
 Noche y dolor conjúrense en mi daño:  
 Fulgura en otra esfera el bien que anhelo!

Serenado el espíritu, ve clara  
 En el limpio cristal de la memoria  
 La imagen de los tiempos, y compara  
 La ventura rëal con la ilusoria.

¡Cuánta lúgubre historia!  
 ¡Cuánto mártir sin nombre! «¡Oh, patria, exclamo!  
 »¡Qué necio quien se aleja, y sacrifica  
 »En extranjero altar á la fortuna!  
 »¡Cuán sabio quien su túmulo fabrica  
 »Al pie del árbol que asombró su cuna!»

CASIMIRO DEL COLLADO.

## Á PROTASIO,

AUTOR INÉDITO DE COMEDIAS.

---

Sólo el diablo, que no pára, ha podido sugerirte la idea, querido Protasio, de escribir una obra dramática para algo más que para tu propio recreo, y satisfacción y embeleso de tu familia. Lo creerás ó no lo creerás: pero yo te aseguro con toda formalidad que me dió un vuelco el corazón cuando leí en tu carta estas malaventuradas líneas: «Y ahora te suplico que me digas *ce por be* lo que he menester para que la obra que acabo de terminar sea representada en uno de los principales teatros de la corte».

¡Dios omnipotente! ¿No gozas de toda la tranquilidad apetecible en este mundo sublunar al lado de tu buenísima mujer y de tus hermosos hijos? ¿No tienes más que sobrado para vivir con holgura, sin que te apuren los recibos del casero ni te saque de quicio el impuesto de la sal? ¿No comes salmón siempre que lo traen al mercado, y compras perdices cuando las pregonan por tu calle? Pues, hombre desatinado, ¿qué espíritu maligno se te ha metido en el cuerpo para que tengas empeño en volver la espalda á todos esos goces y echar á correr detrás de los sinsabores que trae consigo la representación de toda obra dramática?

Estás dejado de la mano de Dios, no me cabe duda. Tú has sido siempre un muchacho formal, y muy hombre de bien; al menos así te he juzgado durante tu larga permanencia en Madrid. Figúrate, pues, mi asombro al ver que te lías la capa á la cabeza y, drama en ristre, quieres acometer contra empresarios, cómicos, literatos, revisteros y público. Don Quijote, abriendo la jaula de los leones y esperándolos á pie quieto, me parece menos insensato que tú: y para probarte que hablo con conocimiento de

causa, voy á ponerte delante de los ojos lo que te ha de suceder, si por desgracia tuya persistes en el endiablado propósito de buscar los aplausos de la escena.

Si el drama que has escrito es malo, y tus buenos amigos tienen la franqueza de decírtelo y tú de creerlo, y de resultas lo dedicas *incontinenti* á encender la chimenea, manda en seguida cantar un *Te Deum* en la parroquia, como si te hubiera caído el premio gordo de la lotería. Eres un mortal felicísimo, que á costa de una ligera mortificación del amor propio, te has libertado de pasar en vida las penas del purgatorio. Mas ¡ay de ti si el drama es aceptable y discreto y lleno de buen sentido, y por añadidura honrado, como tu corazón, y noble como tus sentimientos! ¡Ay de ti, si el director de escena te promete representarlo á la primera ocasión, y el empresario te abraza cariñosamente, como el tabernero al pellejo de vino de donde piensa sacar el jugo de su ganancia! Aquí empieza tu martirio, precisamente porque debía empezar la serie de tus satisfacciones.

El director de escena ó el representante de la empresa te entrega los papeles ya sacados, y te suplica que los repartas á tu gusto: y tú empuñas valerosamente la pluma, y sin vacilar haces el reparto que te parece, ajustado á las condiciones artísticas de cada actor. Los primeros papeles no ofrecen, por lo regular, inconveniente ninguno. Como no hay dónde elegir de ordinario, tú los confías al primer galán y á la primera dama, y claro es que son aceptados de corrido.

Pero llega el día siguiente, en que esperas que te avisen para el ensayo; y, en efecto, no te avisan. Este inesperado chasco te mortifica, porque, como es natural, tú te dormiste pensando en el acento con que dirá tal frase tal actor, en la colocación de las figuras de tal escena, en el efecto de los finales de acto, en la expresión que dará á su angustia de madre la segunda actriz, etc., y lleno de impaciencia esperabas la hora del ensayo para ver si los cómicos habían ya comprendido algo de sus respectivos papeles. Devoras tu decepción (ya que no puedes devorar á los cómicos, como desearías), y con toda la calma y la indiferencia que un hombre de dignidad debe aparentar en estos casos, te vas por la noche al teatro, donde te encuentras con la agradable noticia de que una de las damas ha devuelto su papel, porque no es de

su categoría, y uno de los actores se niega á admitir el suyo, porque es antipático y *peligroso*. Excuso decirte que la categoría propia de la actriz no podría pasar, en buena ley, de *costurera de entrada*, sin esperanza de llegar á ser costurera de término, y que el actor es un zamarron incapaz de sacramentos, más duro que un yunque y más cerrado de mollera que de dientes un juramento de doce años. En tal apuro, consultas con el primer actor lo que debes hacer, y este te aconseja que veas á los interesados y procures convencerlos, sin perjuicio de que él, por su parte, hará también lo que pueda en semejante conflicto. Dócil á los consejos del primer actor, coges humildemente tu sombrero, y como pobre cesante que va á pedir un destino, entras en el cuarto de la dama ofendida, y luego en el del actor disgustado, y ruegas y suplicas, con las cejas enarcanadas, la voz temblorosa y las piernas encogidas, agotando los recursos de tu ingenio para demostrarles que sus respectivos papeles no son lo que parecen, y que se puede sacar mucho partido de ellos, dado el talento de quienes van á desempeñarlos; y después de librar una batalla, en la cual has sudado la gota gorda y has tenido que oír más de una inconveniencia, logras que la actriz y el actor acepten los papeles, con la precisa condición de que has de corregirlos á su gusto, añadiendo un parlamentito *de efecto* á la dama y suavizando todo lo posible el carácter que ha de representar el actor.

¿Adivinas, querido Protasio, toda la importancia que tiene este primer tropiezo? Por de pronto, necesitas llevarte la obra á casa, y dar vueltas al magín para ver de qué manera sencilla, natural y lógica has de encajar el *parlamento* de la dama y has de suavizar el carácter del segundo galan. Robas horas al sueño; comes distraído; paseas hablando solo, con peligro de que te atropelle un coche ó te estampe en los sesos su cuba un aguador, y al cabo de los días, aunque con el temor perfectamente razonable de haber imaginado una barbaridad, pones de nuevo manos á la obra, y la corriges á gusto de los consabidos, y la vuelves al teatro con la conciencia llena de remordimientos y el corazón atrofiado de justísimos recelos. El drama no es ya conocido ¡ni del propio padre que lo engendró! Pero con tal de que los actores se den por contentos con las reformas, tú bendecirás á Dios, que te ha concedido la virtud de la paciencia para sufrir las flaquezas

de esos prójimos excepcionales. Quiénes hacen un mohín de dudosa complacencia cuando leen sus papeles refundidos y renovados, y te pagan con un: «¡Pssi! *Está mejor ahora*», el trabajo que te costó dar gusto á tan apreciables artistas.

¡Ea! Ya saliste de un apuro, y sospechas que hasta el día de la representación no tropezarás con ningún otro. En efecto, pasa una semana, y un mes, y otro mes, y no te avisan para el ensayo, y á ti se te llevan los diablos de impaciencia, porque la familia y los amigos y los conocidos no te dejan vivir un solo momento, preguntándote: «Pero, hombre, ¿cuándo se hace esa obra?», y tú no te atreves á quejarte á la empresa de semejantes dilaciones, y te comes los puños de rabia al ver que otras comedias se representan antes que la tuya, por compromisos ineludibles, ó coges el cielo con las manos al oír involuntariamente que el último mono de la compañía contesta á otro, refiriéndose á tu obra: «¡Psché! Dicen que es bonitilla, y que pasará sin peligro», y en fin, comienzas á adelgazar y á entristecerte, ni más ni menos que si te sintieras agobiado por una desgracia de familia.

Mas todo llega y pasa en este mundo, y claro es que ha de llegar también la hora de tu comedia. Sólo que llega en la época más mala de la temporada, á saber: ó después de las fiestas de Navidad, cuando no va nadie al teatro, ó en los días próximos á Semana Santa, cuando por respeto á las costumbres, ya que no por piedad cristiana, la gente reserva su dinero para las corridas de toros de la Pascua de Resurrección.

Empezaron los ensayos, y tú acudes puntualísimamente á la hora señalada. ¡Cándido! Milagro será que encuentres siquiera al portero del teatro. Esperas media hora, y viene quizá un cómico de los puntuales. Luego viene otro, y veinte minutos después otro..... y al cabo de hora y media, ya tienes á casi toda la compañía reunida en torno de los braseros que se colocan á ambos lados del escenario. Pero falta todavía el primer actor ó la primera actriz, y no hay modo, por consiguiente, de comenzar el ensayo. Para pasar el tiempo, te entretienes en adular al uno, en lisonjear á la otra ó en oír sonriendo las conversaciones de todos, que suelen ser modelos de cultura y buena crianza. Al cabo viene el que faltaba, si no manda un aviso de que está indispuesto, y que se ensaye sin él, y efectivamente, se ensaya, con

más ó menos formalidad, y tienes el gusto de ver que apenas hay uno de los actores que haya mirado el papel ni por el forro.

Mas se señala ya el día fijo de la representación, y entonces procuran apretar lo que pueden, no tanto por amor á la obra, como por miedo de que el público les haga un desaire. Tú, en cambio, comienzas á sentir cosquilleos en las piernas, calofríos en la espalda y un aturdimiento en la cabeza que da á tu fisonomía el más agradable aspecto de imbecilidad que puede imaginarse. La obra, que te parecía magnífica, te parece entonces infernal. Las escenas de efecto, ejemplos acabados de estupidez: los finales de acto, fríos como el hielo: la forma, ramplona: el argumento, absurdo: el plan, descabellado, y todo tan detestable, que ya no oyes más que silbidos, risotadas y burlas por todas partes, como si el orbe entero se levantase contra ti, herido en lo vivo de su sentimiento estético.

Así, en medio de estas congojas y sudores, ves un día por la mañana que el cartel del teatro anuncia tu obra para aquella noche. La duda y el temor aumentan, como los latidos de un calenturiento que se agrava; pero tienes que pensar en satisfacer los innumerables pedidos de localidades que te han hecho los amigos, conocidos, compañeros, parientes y allegados tuyos y de tu familia. Pides á la empresa las localidades con que calculas poder cumplir esos innumerables compromisos, y si no tienes criado, has de tomarte forzosamente la molestia de llevarlos tú mismo á los respectivos domicilios, algunos de los cuales suelen estar más cerca del cielo que de la tierra. Esto sin contar con que la empresa probablemente te pondrá en la cuenta, y á precio de contaduría, el importe de las localidades, detalle que no deja de tener su importancia para quien busca la recompensa de su trabajo, además del pedazo de gloria que pueda corresponderle. Prescindo de los graves olvidos en que puedes caer al repartir las localidades, y que suelen causar disgustos inopinados, y voy derecho al momento solemne en que se levanta la cortina y da principio la representación de la obra ante un público de periodistas, literatos, aficionados y gente de tono que está esperando el más ligero tropiezo para echarte un cordel al pescuezo y apretar sin misericordia. La boca se te ha secado; el corazón te late con violencia; el cigarro que chupas de vez en cuando con fe-

bril indiferencia, se extremece entre tus dedos convulsos; la cabeza te arde, y en esta lamentable situación estás oyendo los versos que recitan los actores, casi tan conmovidos y recelosos como tú, en medio del silencio sepulcral que reina en la sala. Se equivoca alguno de ellos, y sientes así como una puñalada en el estómago: pasa entre la general indiferencia una redondilla que juzgabas de efecto seguro, y te dan intenciones de echar á correr para no oír la espantosa silba que se prepara. ¿Cómo podré yo describirte, mi querido Protasio, la horrible agonía en que está el pobre autor hasta que suena el primer aplauso ó es llamado á escena, entre palmadas más ó menos sinceras, al terminar el acto segundo? Imagínatela tú como quieras, en la seguridad de que nunca llegarás á figurarte todo lo espantoso de aquellas mortales horas de angustia.

Te aplauden: se llena el saloncillo de amigos que te felicitan y te estrujan entre sus brazos (quizá con más deseo de ahogarte que de mostrar complacencia amistosa ó verdadero entusiasmo por tu obra) y al fin te vas á tu casa, más atontado que satisfecho, á recibir nuevas felicitaciones de tu familia, que, como es natural, te considera el primer autor del universo mundo y aborrece de muerte á quien se atreva á sostener lo contrario. ¿Crees que aquí se ha concluído todo? Aun no, Protasio de mi alma; aun no. Al día siguiente te aguarda la crítica ligera, la de las frasecillas equivocadas y los epigramas trasnochados, dispuesta á rajarte de arriba abajo, como si hubieras cometido uno de esos delitos que excitan la indignación pública y traen aparejada ejecución de garrote vil. Los críticos apenas se han podido enterar á fondo de lo que han visto entre los taconeos de los elegantes tardíos y las conversaciones en voz baja de las pollitas de la platea próxima ó de los sietemesinos de las butas de al lado. Pues esto no quita para que ellos den redondamente su opinión sobre la obra, y le digan al público si debe ó no debe molestarse en verla. ¡Ay si le dicen que no se moleste! Todos los aplausos de la primera noche no valen cuatro pesetas, y tu trabajo, aplaudido y todo, es semejante al que hubieras empleado en escribir un papel al Emperador de la China para que te hiciese Arzobispo de Toledo.

Á los dos ó tres días, te encuentras en la calle á una caterva

de cómicos sin contrata, que, después de felicitarte, te piden un ejemplar de la comedia ó tres ó cuatro para la compañía que están formando, y que de seguro no te representará la obra en ninguna parte. Se los das, y probablemente esos ejemplares, dedicados y todo, irán á parar á una librería callejera, cuyo dueño los ha pagado á dos reales, que los cómicos se habrán bebido gallardamente en la taberna vecina. Excuso añadir que la petición de ejemplares continúa durante mucho tiempo por un número infinito de personas, y que con esto, y con las localidades regaladas y con la poca escrupulosidad de la empresa en pagar los derechos justos, vienes á salir con las manos en la cabeza, porque la comedia apenas te ha producido para sufragar los gastos de la impresión.

¿Te agrada el porvenir que te espera? ¿Tienes valor para arrostrarlo con frente serena y corazón valeroso? Pues venga la comedia que me anuncias, y Dios te coja confesado. Sólo debo advertirte, para concluir, que si te aplauden, contraerás el vicio de escribir, porque esto es como el cigarro y la cerveza: todo está en probarlos; y así no te extrañes que yo, cuyos son los precedentes consejos, te participe en el seno de la confianza que tengo un drama casi concluído y una comedia casi empezada.

Ya ves si tiene autoridad para aconsejarte tu desventurado y recalitrante amigo,

VALENTÍN GÓMEZ.

## VOLUNTAD (1).

---

«Me muero por tal cosa», frase es esa  
 Del hombre muchas veces repetida,  
 Cuando al deleite el goce le convida  
 De algo en que entusiasmado se embelesa.

Lo que así el labio exagerando expresa,  
 Prueba, que va del alma siempre asida  
 Más alta aspiración, en que es la vida  
 Precio inferior al logro de la empresa.

Pero es lote fatal del ser humano,  
 Que para el bien y el mal lleve igualmente  
 La fuerza en ese impulso soberano.

Y, al dar su vida con ardor valiente,  
 De funesto laurel pueda su mano  
 Al crimen ó al error ceñir la frente.

F. DE LA VERA É ISLA.

---

(1) Habiéndose cometido algunas erratas al publicar este soneto en el número anterior, se reproduce con las correcciones que el autor nos pide.

## MAS ALLÁ DEL PARAÍSO.

---

Á LA SEÑORA DUQUESA DE Z.....

en Villagráz.

Queridísima C.....: Tu cariñosa carta revela que, á pesar de ostentar un título nobiliario envidiado y una belleza envidiable, sigues siendo una buenísima mamá en toda la extensión de la palabra. Durante la lactancia de Ricardito te has secuestrado en esa hermosa posesión de Villagráz, dedicándote exclusivamente á la crianza de vuestro primogénito; después has recorrido una buena parte de Europa, y hoy te diriges por fin á tu abandonado palacio de Madrid, donde volveréis probablemente á ser los niños mimados de la buena sociedad. Siento, en cierto modo, vuestro regreso, pues en los primeros momentos *os deberéis*, como suele decirse, al mundo. Me conoces lo bastante para comprender que yo me elimino de buen grado de ese *mundo*, y que tan sólo aspiro á ocupar mi sitio acostumbrado junto á la chimenea—sigo tan friolero como antes—conversando contigo y con el Duque, en el gabinete que llamáis de confianza, acerca del asunto más interesante para los tres: la educación de Ricardo.

No me cansaré en repetiros que es preciso hacer de él un hombre, no lo que se ha dado en llamar un *juven simpático*, primera etapa de ese ente perfumado é insustancial que por burla denominan las gentes *sietemesino*. Sí, querida mía, créeme; eso que llamamos los médicos *anemia* abunda de tal suerte en esta época, moral y materialmente hablando, que no ha de tardar mucho tiempo en predominar una raza de seres pálidos, insípidos, faltos de vigor, envenenados por un escepticismo romántico, mil veces peor que aquel otro romanticismo nacido en los al-

bores del siglo en que vegetamos. Y es que la moda va aniquilando el sentido común, y las frases hechas borrando el criterio propio. Al amor de la lumbre hablaremos de este interesante capítulo; déjame ahora que adelante algunas ideas respecto de una pregunta de gran interés que encuentro en tu sabrosa carta.

Recordando la Duquesa que desde la inauguración de la temporada la espera un palco en la Ópera, dice la madre: — «¿Podré llevar alguna noche á Ricardito?» Y he aquí que esta breve interrogación envuelve más importancia de lo que á primera vista parece.

¡Llevar un niño al teatro!.... ¡Llevar un niño á un palco en la Ópera!.... Graves, gravísimos problemas que no resolveré de plano, aunque te dé algunos datos para examinarlos después con más tranquilidad.

Será un error quizá, pero tiene en mí echadas las hondas raíces de la convicción. Si yo fuera músico y catedrático de la asignatura *Historia de la Música*, diría á mis oyentes:—«Señores: al borde de la primera cuna—y cuenta que hablo en sentido figurado, pues ignoro si en la época prehistórica había cunas—brotó la primer armonía, y casi me atreveré á asegurar que una madre inventó la canción convertida después en himno guerrero, pues nada animaría tanto al primer soldado como el recuerdo de su hogar y de su naciente familia....» Pero he aquí que no soy más que un aficionado á la música y á los niños, esas notas del gran poema sinfónico de la vida—ve borrando mis erratas artísticas—y he podido deducir, tras detenidas disquisiciones, que la música—como he dicho ya sabes dónde—«es el mejor lenitivo para deshacer como por encanto los violentos y carnales instintos propios del animal, que se despiertan á la vista de la fuerza», para lo cual no traeré á cuento la manoseada fábula de Orfeo, sino que me contentaré con recordar una audición del *Ave María* de Gounod.

Y ya que te recordé algunas palabras de una quisicosa que pertenece al público, permíteme repita algunos párrafos de la misma, que puede ser hayas olvidado (1).

(1) *El Niño*; apuntes científicos; 3.<sup>a</sup> edición en prensa.

«Cuando oigo decir á algunas personas que *la música es*, para ellas, *un ruido menos desagradable que los demás*, se me ocurre pensar que no han recibido en sus primeros años la educación del oído, á menos que la afirmación apuntada no oculte un deseo de singularizarse, lo cual es bastante frecuente.

»¡Qué admirables son las variantes de la armonía y cuánto cautivan al niño, haciéndole gustar ordenadamente los purísimos placeres del ritmo, para que después saboree los acordes de la música!

»Sin que se me tache de apasionado, creo deber abogar por que en la educación familiar se cuide mucho de ir desarrollando esta tendencia que afinará el sentimiento y será una de las fuentes más fecundas de inspiración y de dulcísimas emociones.

»Desde una canción breve, que se repite indefinidamente, sirviendo para provocar el sueño con su monótono compas, hasta un trozo de ópera en que, entremezclada con los acordes de los instrumentos, se oye la voz humana expresando la pasión, media un mundo de sensaciones diferentes, pero que responden todas á una necesidad de nuestro espíritu».

Después que hayas descansado de esta larga cita, te recordaré un hecho de mi oscura y modestísima infancia, el cual sirva en cierto modo de complemento á mis palabras, y al propio tiempo de dato para la resolución de nuestro problema.

Cuando yo tenía seis años era un *dilettanti* tan apasionado ó más que un moderno abonado á turno diario en el Real. Mi madre, esa santa mujer cuyo recuerdo endulza mis penas, y cuya falta amargaré eternamente mi existencia, tenía una pasión decidida por la música, y de tal suerte me la comunicó, que ya por aquellos tiempos poseía yo una infinidad de canciones infantiles—francesas por supuesto, pues en España aún no se populariza entre los niños más que sandios cantares, improvisados por precoces niñeras;—canciones que aún se desatan dentro del fatigado cerebro en los días de fiebre é insomnio.

Frecuentaba, como iba diciendo, la Ópera; pero no creas que te será dable averiguar el sitio desde donde, encendido el rostro y mordiéndome las uñas en los pasajes interesantes, escuchaba á los artistas más afamados que hoy aplaudimos aún, pero que estaban entonces, según los inteligentes, en sus *buenos tiempos*.

Encima de los palcos principales, límite del buen tono; más allá de los palcos por asiento, butacas de la clase media; sobre el famoso *Paraiso*, asomábamos las cabezas por unas ventanillas rectangulares, y desapercibidos de todo el mundo, oíamos con religioso silencio á los cantantes sin perder ni una nota. La colocación lateral de los palquitos permitía divisar todo el escenario—de lado, se entiende,—pero respecto al salón, no se alcanzaba á ver más que unos cuantos palcos terceros, dominando en cambio todo el severo y entonces revoltísimo paraíso. Cuando oía hablar de las butacas, parecíame que se trataba de un mundo misterioso y desconocido. Una noche.....—Pero permíteme antes que recuerde una artista de gran mérito: Madame Lagrange. Poseía esta señora especialísimas dotes de actriz y singulares encantos en la voz, lo cual la captó el favor entusiasta del público. Una noche decía,—creo que la de su beneficio—cantó una sentida romanza francesa, titulada *La madre y el niño*. El grandioso escenario del teatro de la Ópera se había metamorfoseado en una mezquina y lóbrega guardilla: en el proscenio veíase una cuna, donde por cierto yacía la preciosa hija de uno de los empleados, y oíase, por fin, el triste cántico de la madre pidiendo sollozando pan para su hija moribunda. Nunca he experimentado mayor conmoción; mucho tiempo después, cuando mi madre cantaba á media voz las sentidas estrofas, sentíame ahogar por el llanto. En la noche á que me refiero, subió un sonoro trueno de aplausos á las alturas. El entusiasmo había vencido á la etiqueta. Me reconcilié con las butacas.

Si tú pudieras cambiar tu cómodo y aristocrático palco bajo, por la ventanuca á que me refiero, te diría llevaras muchas noches á Ricardito al teatro. Entonces podríamos apreciar la impresión que experimenté al oír las grandes obras de los maestros, pues vestido de limpio, con guantes puestos, y sentado á la delantera del palco sobre almohadones, no conseguiremos más que asustarle las primeras noches, y quién sabe si despertar el demonio de la vanidad infantil, la peor de las vanidades, en su razón.

Créeme, aleja de su mente la idea espantable de que es un Duque en agraz; estudia sus aptitudes; afina sus sentimientos, y en todas las ocasiones que te sea dable llévale á sitios desde

don de pueda él emocionarse sin rubor— no hay nada más sensible que un niño como el tuyo;—á lugares desde los cuales vea las cosas mundanas con la mayor pequeñez posible, sin enterarse de la farsa de detalles que abunda en los mil y un actos de la vida social. En una palabra, cuando le lleses al teatro del mundo, donde será sin duda en su día un eminente actor, colócale por ahora *más allá del Paraíso*.

Siempre vuestro,

M. TOLOSA LATOUR.

# LOS PARÁSITOS,

## ESCENAS DE LA VIDA PRÁCTICA.

---

*(Continuacion.)*

---

### SEGUNDA PARTE.

---

#### CAPÍTULO I.

##### OTRO TEATRO.

---

Á pesar de los lazos misteriosos y ocultos resortes con que en esta historia veracísima están ligados todos los personajes, ha de ser difícil al lector recordar la influencia que en el desarrollo de los sucesos de que ha sido testigo en las páginas anteriores, han ejercido la tertulia y casa de nuestra antigua amiga Tula Scheineider, y subirá de punto la dificultad si en una noche tan apacible como suelen ser en Madrid las del otoño, le invitamos á sorprender de improviso en la elegante mansion de la hospitalaria alemana, derramada por sus salones, galerías y terrazas la misma alegre, impasible é indiferente concurrencia, ocupada y distraída con las mismas conversaciones y pasatiempos de buen tono que contribuían tradicionalmente en aquella casa al solaz y recreo de sus habituales contertulios.

Era allí, como siempre, máxima indiscutible no admirarse ni sorprenderse por nada, y tal serenidad de juicio cuadraba perfectamente á la especial fisonomía de aquel círculo compuesto en

su mayoría de las figuras más eminentes y conspicuas en la vida social, política y literaria de la corte.

Libre cada uno de los concurrentes, en su fuero interno, de abrir su corazón á la sorpresa y de apreciar en el secreto de la vida privada los sucesos que inesperadamente se ofrecían á su particular consideración, manifestarse en público admirado y sobrecogido por cualquiera de ellos, se hubiera juzgado, como indiscreción de mal gusto, de todo en todo incompatible con la imponente majestad de aquel escogido cenáculo.

Aprecióse así, y se comentó sobriamente el triunfo electoral de Juan Antonio, como la cosa más natural y corriente del mundo, sin que nadie se ocupara en analizar ni discutir los lances de la elección, ni en aquilatar los puntos y méritos de la victoria.

No había nadie que no la tuviera prevista de antemano.... ¿No era Juan Antonio su compañero y su amigo?.... ¿No participaba de sus mismas ideas y principios?.... En una palabra, ¿no era de los suyos, de los íntimos, de los iniciados, de los escogidos?.... Pues entonces, ¿qué cosa más natural, más plausible y más verosímil que su triunfo?

Suavemente, sin entusiasmos excesivos ni calurosas protestas, con cierta dejadez y abandono elegante, corria de boca en boca el nombre del afortunado candidato entre los comensales de Tula Scheineider, en la noche en que por segunda vez penetramos en aquel elegante santuario; y no haciendo á nuestro objeto consignar los secretos impulsos de malevolencia, de desdeno ó de envidia que en algunos corazones despertaba el relato de sus aventuras electorales, que el éxito se había encargado de coronar dignamente, bastará que digamos que, exteriormente al menos, la noticia era acogida y propalada con universal, aunque muy digna y mesurada simpatía.

—¡Es hombre listo Juan Antonio!— afirmaba negligentemente el General ilustrado que tenía en la tertulia la alta representación del elemento militar.

—Listo y práctico.... ¡hombre de su tiempo!—contestaba con disimulada frialdad un periodista viejo, cesante en el ramo por haber pasado al más productivo de Consejeros de Estado—yo le conozco de antiguo, y sé que *vale*, aunque no tanto como él se figura.....

En otro grupo, la nota dominante era la compasiva y protectora.

—¡Pobre Ruiz del Busto—decía un elegante á perpetuidad á una notabilidad recién facturada del Sport anglo-jerezano—es triste que un muchacho de su mérito no tenga, como nosotros, base seria ¡eh! quiero decir, no pertenezca á la sociedad, como nosotros ¡eh! porque él tiene medios ¡sabe V.! y cierto instinto ¡eh! ciertos gustos de persona decente ¡pero amigo!..... sin base ¡eh! sin base; no tiene más remedio que buscarse la vida y la importancia en esas aventuras de la política, y andando el tiempo, ¡eh! quién sabe..... andando el tiempo, estará tan bien admitido y tan bien visto como nosotros, ¿no le parece á V.?

Al hombre del Sport, ó no le parecía nada, ó no encontró en su vocabulario especial una frase á propósito para responder de algún modo á las profundas observaciones sociológicas de su interlocutor, porque se contentó con guiñar expresivamente el ojo izquierdo y colocar sobre la derecha la pierna izquierda, como hombre que se encuentra seguro de sí mismo y de la posición social que le ha deparado la fortuna.

Pero no daríamos cabal idea de las impresiones que los sucesos electorales producían en casa de nuestra amiga Tula, si no consignáramos que esta, en su especial lenguaje y estilo, se manifestaba á su modo, y todo lo que ella podía estarlo, grandemente preocupada con las noticias que corrían sobre las circunstancias un tanto novelescas de los sucesos de Duradon.

No es esto decir que aquella inapreciable y cultísima ama de casa importunara vulgarmente á sus amigos, como acaso les hubiera importunado otra persona menos superior y distinguida, pretendiendo arrancarles hasta en sus menores ápices y detalles las circunstancias conocidas ó sospechadas de los sucesos que la interesaban; pero en los accidentes y matices de sus interesantes y familiares pláticas, un observador agudo podía haber señalado como síntoma de desusado apasionamiento la frecuencia con que el nombre de Juan Antonio, y hasta el vulgar y prosáico de Duradon se mezclaba y revolvía aún en sus conferencias y conversaciones más elevadas y misteriosas con el de cosas, objetos y materias que nada tenían que ver con las elecciones, ni siquiera con el augusto dogma de la representación nacional.

Así en una animada conferencia que sobre las recientes aplicaciones de la electricidad sostenia por medio de elegantes monosílabos con un afamado profesor, divulgador y empresario de aquel fluido misterioso, sorprendió no poco á su entusiasta interlocutor, interrumpiendo á quemarropa sus luminosas explicaciones con esta pregunta incongruente:

—Diga V., y á propósito, ¿cuántos trenes hay de aquí á Duradon, y cual de ellos tiene la marcha más ligera?

Pocos minutos antes habia cortado por la mitad una trabajosa explicacion de un trascendental plan de estudios, que la hacia al oido con aire misterioso, un distinguido consejero de Instruccion pública, exclamando en tono de profundo convencimiento:

—Decididamente el telégrafo no sirve más que para darnos disgustos. Hace dos horas que he *hecho un telegrama* á Duradon, que está, como quien dice, á dos pasos de Madrid, y aun no he tenido respuesta.

Pero habia en los salones de Tula Scheineider quienes sin decir una palabra, ni pronunciar el nombre del nuevo diputado, ni el del distrito que le habia elegido, no acertaban, sin embargo, á separar el pensamiento de aquellos sucesos, relacionándolos muy estrechamente con otros que se desarrollaban á su vista y les tocaba muy de cerca.

Á la vigilante mirada de Sofía Aranda, la varonil correspondiente de Juan Antonio, amiga, confidente y protectora, más que protegida, de la hija de Tula, no se ocultaba aquella noche como las anteriores, la disimulada turbacion que se retrataba en el rostro de Sofía cada vez que rodaba la conversacion sobre el espinoso asunto de las recientes elecciones.

(*Se continuará.*)

SANTIAGO DE LINIERS.

## CRÓNICA POLÍTICA

### DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

---

Han pasado catorce años desde aquellos sucesos, y en estos días del siniestro aniversario, aún retumba en nuestros oídos el eco del cañón de Alcolea y el clamor pavoroso de las muchedumbres, que de lado á lado de España proclamaban la caída de instituciones seculares. Sentíanse, aun en medio de aquellas fiestas turbulentas con que se acogió en ciudades y aldeas el triunfo de la revolución, un como secreto estremecimiento, una inquietud dolorosa, presagio incierto de futuros desastres. Desde luego, la batalla de Alcolea dividía á los españoles en dos castas distintas, en dos campos armados y rivales.

Pero ¡quién lo creyera entonces! Andando los tiempos, habían de juntarse en estrecho abrazo los que defendieron á Isabel II y los que la derribaron, y el hijo de aquella infeliz señora serviría de lazo de unión á los unos y á los otros. Si del extraño suceso fuera causa el arrepentimiento de los unos, el olvido generoso de los otros, y un nobilísimo propósito de todos, ¡cuánto nos holgaríamos! Mas son origen del singular consorcio las contingencias de una política personal é inferior, el afán del poder, el desconocimiento de la más vulgar consecuencia. ¿Cómo hemos de ver esa reconciliación con buenos ojos? De estas miserias ya advirtió el mundo ejemplos insignes al caer Napoleón I, y en general en todos los grandes desastres.

\* \*

Pero dícese, para adormecer estos y otros escrúpulos, que la política es hoy más humana, y que las reconciliaciones templan y endulzan los rigores de las más sangrientas batallas. De si esto es mejor ó peor no hemos de tratar ahora, pero como de la mano nos lleva á examinar la actitud actual de aquel á quien todavía llaman el vencedor de Alcolea.

Mas ocurre preguntar al punto, y no sin razón: ¿tiene alguna actitud el General Serrano? ¿Se desembozó ya del todo ó no expuso con claridad sus opiniones cuando conferenció en Biarritz con un redactor de *El Imparcial*? ¿Acaso ese hombre es un misterio vivo é impenetrable?

No sabemos más sino que, después de aparecer como su última palabra aquella declaración favorable al restablecimiento del Código de 1869, y de ratificarse esta declaración por la mayor parte de la

prensa, el periódico del Sr. Moret, *El Norte*, acaba de publicar una carta de Biarritz, según la cual, no se negaría el Duque de la Torre á organizar el partido liberal, que con el conservador ha de constituir el juego constitucional de los partidos, aun sin exigir desde luego el referido restablecimiento, concretando sus aspiraciones á partir ahora de la Constitución de 1876, ámpliamente interpretada, para llegar paso á paso á la de 1869.

Y tal es la confianza que el Duque de la Torre inspira á los políticos de todo color y catadura, tanta firmeza tuvieron siempre sus opiniones, que nadie se asombra al recibir la noticia de este último cambio. Seguros estamos de que si mañana se anunciase que aquel personaje proclama la Constitución de 1845 ó la del año 12, nadie se daría por hondamente sorprendido. Y la volubilidad de los hombres es ya tanta, y tan poco se acomoda su pensar á reglas fijas y racionales, que seguirán al Duque en uno ú otro caso los que toman su nombre como bandera de rebelión contra el Sr. Sagasta, ó, mejor dicho, como escabel que les aproxime al fin propuesto.

Presumimos que el Sr. Sagasta conoce esto, y que la razón de la impasibilidad con que observa los sucesos está en el desprecio con que mira á sus adversarios. Porque, también quizá depende de él una avenencia con el Duque de la Torre, la cual no le costará más sacrificio que el deshacer la fusión. Iránse entonces á su lado los mismos que ahora le combaten, y se desvanecerá la tormenta que le amenaza, como ténue neblina que disipa el sol naciente.

Al menos, en este día en que escribimos, cunde en muchos círculos la idea de que el Sr. Sagasta ha dominado ya la situación, como se dice en el lenguaje moderno. Y depende acaso su fortuna, no precisamente de su propia fuerza y vigor, sino de la dificultad de que los partidarios del nuevo partido puedan formar haz apretado, siendo tan difícil que se acomoden y convengan. ¿Cómo han de entenderse el Duque de la Torre y el Sr. Moret, que transigen con partir de la Constitución ideada por el Sr. Cánovas para alcanzar la de 1869, con los Sres. Montero Ríos, Martos y demás defensores netos de la última? Y por otra parte, aquellos han de ver grandes peligros en abrir de nuevo el período constituyente, poner en tela de juicio la monarquía, hecho impuesto que no admitiría su propia discusión, y suscitar las pasiones de los partidos; inconvenientes que parecerán pequeños á los otros, con tal de afirmar de nuevo por medio de la doctrina y de la práctica el principio de la soberanía nacional.

Además, el Sr. Moret no se da por vencido, y, según sus leales, cuenta con el apoyo del Duque de la Torre. Mas á deshora se ha levantado, en el seno de la fracción por aquel organizada, un cisma trascendental, el del Sr. Beránger, que con no pocos demócratas dinásticos se ha separado ruidosamente del Sr. Moret para someterse sin condiciones ni reticencias al General Serrano.

Hay, pues, una verdadera confusión babilónica en todo este juego. Antes se decía: «ya no hay caracteres». Hoy es preciso gritar: «ya no hay idioma», porque ni siquiera se conoce la interpretación auténtica y el sentido final de las declaraciones habladas ó escritas de nuestros personajes, sino es que ellos mismos ignoran lo que desean y se proponen. Y tampoco quedan apenas intransigencias, porque las más democráticas se reblandecen como si fueran de blanda cera. ¡Oh poder, cuántos milagros haces!

Los más tenaces confían aún en que el Duque de la Torre, centro de este sistema de astros errantes, vendrá muy luego á Madrid y hará declaraciones definitivas, ya sea cuando se abra el Senado, ya antes. Ciertamente es que esta situación vaga é incierta no debe de proseguir, entre otros motivos, porque así ni aun es posible la marcha regular del Gobierno; pero acaso le importen mucho estas indecisiones al Sr. Sagasta, y tire este, como medio de salvarse y de gastar las fuerzas contrarias, á deferir la apertura de las Cortes hasta Diciembre ó Enero. En este intervalo, pueden cansarse los disidentes más fervorosos, y puede el Duque de la Torre cambiar una y otra vez de actitud.

Vamos creyendo de todo corazón que entre esta gente no hay ninguno más avisado que el Sr. Sagasta.

\* \* \*

Prosigue empeñadísima la agria polémica entre *La Fe* y *El Siglo Futuro*, secundados por varios periódicos de provincias y los tres ó cuatro satíricos que se publican en Madrid. En realidad, *La Fe* se defiende con fortuna, diciendo que no hace otra cosa que salir de un larguísimo silencio, que á muchos de sus amigos disgustaba, para responder de golpe, y con el ímpetu natural de una paciencia ya cansada, á los ataques que durante muchos meses ha sufrido. La carta del Sr. Duque de Madrid al Sr. D. Cándido Nocedal sirve para avivar el fuego de la discordia, y lo que es más grave, para que se plantee la cuestión en un terreno en que *El Zuavo* de Valencia ha dado la primera voz.

No hay apariencias de que acabe pronto la lucha, antes bien se encona de continuo y no parece próxima la única solución que el conflicto podría tener. Impera, por desdicha, el desconocimiento de las circunstancias presentes en las regiones donde debía reinar la calma más serena, y donde la ausencia de toda pasión pudiera inspirar sano consejo. Allá, á la postre, suele desvanecerse y caer otra vez á tierra el humo de la lisonja, mas no pocas veces es tardío el suceso. El ejercicio de las virtudes más insignes se malogra cuando no acaece con la debida oportunidad, y cuando el daño es irremediable.

Lo peor es que con esto está como paralizado el movimiento católico. Las más ventajosas proporciones se tuercen por la injuria de audaces asechanzas, y sobre el puro manantial de felicísimas ideas, cae á

deshora la podredumbre de las sospechas y de la intención mal sana. Ahí están, para ejemplo de esto que advertimos, las peregrinaciones de Roma y de Santa Teresa, puestas como en entredicho, á pesar de la voluntad del Papa y de los Obispos, por una perfidia inusitada. Ya ni los más probados, ni los más fieles, ni los más doctos, ni los más sumisos están libres del anatema, como si el espíritu de Satanás reinase libremente en el mundo y pudiese enturbiar los claros rayos del sol.

Con todo, partió ya para Roma y á la Ciudad Santa llegó la peregrinación toledana, si no tan numerosa como convenía, al menos muy lucida. Como producto del amor filial y del espíritu de sacrificio de los católicos, lleva un cuantioso donativo para el dinero de San Pedro, y presidida por los venerables Obispos de Sigüenza, Zamora y Teruel, ha de ser objeto de la amorosa solicitud del Padre Santo. Si algo faltaba á la gloria de la peregrinación, acaba de recibirlo en Génova, donde algunos desdichados pretendieron insultar y atropellar á los buenos españoles que la forman. Lleguen felizmente hasta el trono del más augusto de los soberanos y del Padre amantísimo, y tráiganos á todos su inestimable bendición.

Asolan al presente las provincias de la Lombardía y del Véneto las más crueles inundaciones. Lluvias continuas y torrenciales han hinchado los ríos y los lagos, y comarcas enteras están bajo las aguas. Entre las muchas calamidades que han afligido el nuevo fruto de la iniquidad moderna, pocas como esta que ahora sufre, y aparte de las víctimas que han perdido la vida, es imposible que ni los esfuerzos del Gobierno de Humberto, ni la caridad pública, gallardamente excitada por la generosa iniciativa de Su Santidad, puedan enjugar tantas lágrimas, y remediar en alguna manera tan graves daños. Según es costumbre, el Rey Humberto y el Duque de Aosta han ido á las provincias afligidas para dar aliento á los ánimos desmayados, ministerio del oficio real que produce pocos resultados definitivos.

Su Santidad ha dirigido á los Obispos del orbe católico una admirable encíclica, en que resplandecen el bien pensar y el bien decir. El insigne Pontífice, que proclamó la necesidad de volver á la verdadera ciencia por medio de la restauración de la filosofía de Santo Tomás, no contento con señalar tan admirable dirección á los espíritus, muestra ahora á los corazones el verdadero camino con el ejemplo de las virtudes de San Francisco de Asís y de las cristianas glorias de su Orden Tercera. Es esta encíclica, en que el Papa desea que se restablezca en lo posible la austera vida cristiana, un documento admirable por su fondo y por su forma: llamamiento generoso á las almas para que se aparten del materialismo y se entreguen á la práctica de la virtud.

En medio del estruendo de la civilización moderna y de los placeres de toda especie, no ha de desoírse esta voz que viene de lo alto, á semejanza del toque de la sagrada campana, que recuerda la hora del recogimiento, de la oración y del sacrificio. Hora es esta, ciertamente, de reformatión y de arrepentimiento, y no basta ¡ay de nosotros! enderezar la inteligencia por el sendero de luz que abrió Santo Tomás, sino moderar los apetitos, enfrenar las pasiones, mover el corazón á caridad hacia el prógimo, y someter el nativo orgullo, como hicieron en la edad media los Príncipes, los Prelados, los grandes y los humildes inscritos en la regla de San Francisco. De esta manera, vivirá el espíritu más vigilante y se sujetará la carne según los preceptos de la moral cristiana, y mejorado el entendimiento y sanado el corazón, el mundo cambiará.

\* \* \*

El *Univers* es un periódico egregio, amado de todos los católicos del mundo. Pero á veces, el ardor del combate le lleva muy lejos y suele confundir á los amigos, no ya solo á los aliados, con los más fieros contrarios, de donde resultan polémicas lamentables entre los que juntos debían de formar el ejército fortísimo de la Iglesia.

Los consejos que, con motivo de la célebre ley de enseñanza primaria publicada por el gobierno francés en ódio al catolicismo, dió y ofreció con las intenciones más nobles y con aquiescencia bien manifiesta de los prelados, la *Sociedad de educación y enseñanza*, no son del agrado del *Univers*. El cual asegura que, enfrente de esa ley, únicamente procede y conviene resistir en absoluto, provocar una especie de rebeldía de los padres cristianos, no tener arte ni parte en las comisiones escolares, no enviar á los niños á las escuelas públicas, aun cuando no existiesen las cristianas y hasta retirar de aquellas, donde la revolución los hubiese dejado, á los maestros de las congregaciones religiosas.

Muy de otra manera piensa la *Sociedad de enseñanza*, cuyo propósito es resistir cuanto sea posible los mandatos impíos de la ley y aprovecharse de las concesiones que otorga á los padres de familia. Planteada la cuestión en estos términos, no era posible avenir á la *Sociedad* y los periódicos católicos que la defienden con el modo de ser del *Univers*, de lo que han resultado una polémica algo viva y un magnífico escrito que á este periódico acaba de dirigir M. de Chesnelong, el insigne Senador legitimista, el eminente orador que preside dicha Sociedad, y cuyo nombre es la mejor garantía de rectas intenciones y de acendrado amor á la Iglesia.

Ocurre en este asunto algo parecido, por su origen y por su forma, á lo que sucede en España con la Unión Católica. Solo que allí, con ser el *Univers* muy ardoroso de suyo, no van las cosas por el camino que aquí siguen y hay entre la polémica de allá y la que aquí su-

frimos igual distancia que del periódico de Luis Veillot á cierto diario de Madrid. Todo un abismo insondable separa ambos sucesos.

Mientras los católicos gastan sus fuerzas en estas luchas insensatas, el espíritu revolucionario llega á todas partes, y singularmente á las clases trabajadoras. Por fortuna, y por propia virtud, ese espíritu lleva consigo la desunión, según se advierte en los Congresos y reuniones que ahora celebran los grupos socialistas, colectivistas, anárquicos, etc. Son esas reuniones ocasión nunca perdida de las más enconadas riñas, y ya no se sabe quién lleva más lejos los principios disolventes. Ni Hugo Clovis, ni Guesde, ni Luisa Michel pueden decir que son los más revolucionarios, pues no faltan otros que los acusan de detenerse en el camino infausto de la transformación social.

Espectáculos semejantes ofrece el partido bonapartista, en cuyo seno fermentan las divisiones más profundas. No hace muchos días que un periodista mataba en duelo á otro, su correligionario, y hoy se pelean con implacable saña los partidarios del Príncipe Victor y los del Príncipe Jerónimo. ¡Buen espectáculo da el que fué partido poderosísimo, levantando la bandera del hijo contra la del padre! Es verdad que el padre es tal, que no puede menos de suceder esto en una fracción donde no faltan hombres de la noble rectitud de Paul de Cassagnac.

\* \* \*

La victoria de Tel-el-Kebir puso en manos de los ingleses todo el territorio del Bajo Egipto. Pocas conquistas se han visto tan rápidas y poco costosas, y el primer cuidado del vencedor fué restablecer al Khedive en el Cairo y facilitar la difícil empresa de la reorganización del país. Una de las medidas más importantes y eficaces del Khedive es el licenciamiento del ejército rebelde.

Mas, acabada la obra militar, quedan las dificultades diplomáticas, porque si bien parece cierto que hay negociaciones reservadas entre algunos Gabinetes, en particular entre los de Lóndres y Berlín, en la hora presente no puede preverse el fin de la cuestión. Inglaterra no retirará sus tropas de Egipto, en tanto que la diplomacia no sancione ó reconozca, al menos, su supremacía, conquistada por medio de las armas, pero convendría conocer cómo piensan los demás países, y qué se propone Alemania, considerada por la opinión general casi como árbitra del asunto.

Inglaterra muestra una firmeza incontrastable, y aunque el Príncipe de Bismarck solicita de ella un rompimiento con Francia, la prensa inglesa aconseja al Sr. Gladstone que no ceda al funesto consejo, y que, en modo alguno rompa la alianza con la república.

JUAN CATALINA GARCÍA.

## MISCELÁNEA.

---

### PEREGRINACIÓN Á ROMA.

---

Después de una Junta preparatoria, que, según estaba anunciado, tuvo lugar el día 20 á las diez de la mañana en la parroquia de San Luis, acudiendo los peregrinos el 21 al Palacio Arzobispal para despedirse de su dignísimo Prelado.

Su Eminencia pronunció con este motivo un excelente y muy expresivo discurso, recomendando á los romeros la mayor prudencia en el viaje, alabando el celo de los mismos y censurando enérgicamente á los que, dominados por sentimientos bajos de odio y de venganza, se han opuesto á la peregrinación.

El día 22, después de oír una Misa que celebró en San Ginés el señor Obispo de Zamora, y de recibir de sus manos la Sagrada Comunión, salieron los romeros de Madrid á las siete de la mañana.

En Sigüenza salió á esperarles el Prelado, y allí se agregaron los peregrinos de esta ciudad.

En Zaragoza fueron conducidos los viajeros en carruajes particulares, facilitados por distinguidos individuos de la aristocracia, á la Santa Basílica, en donde les esperaba el Emmo. Cardenal Benavides, acompañado del Cabildo metropolitano: se cantó una Salve solemnísimá, y pronunció aquel digno Sr. Arzobispo un elocuente discurso de bienvenida, contestando con otro no menos expresivo el ilustre Prelado de Zamora, en nombre de los peregrinos.

En Barcelona esperaba también el Sr. Obispo en la estación del ferrocarril con diferentes comisiones de asociaciones católicas.

El 28 por la noche han llegado á Roma con toda felicidad, no sin haber merecido el honor de haber sido groseramente insultados en Génova por los italianísimos, que sin duda quisieron manifestar el disgusto que les producen las manifestaciones de amor y de adhesión que tributan al Pontífice Romano sus fieles hijos.

Un delegado del Papa salió á la estación á recibir á los romeros en nombre de Su Santidad, que se ha dignado dar esta bondadosa prueba de cariño y agradecimiento á los peregrinos españoles.

---



Á LA INSIGNE REFORMADORA DEL CARMELO,

Á LA ILUMINADA DOCTORA

SANTA TERESA DE JESÚS

EN EL

TERCER CENTENARIO DE SU MUERTE,

LA REVISTA DE MADRID.



## EL DOCTOR BÜCHNER,

Ó EL CATECISMO DE LOS MATERIALISTAS (1).

---

### VI.

Otra de las pruebas que suministran las ciencias naturales á los que admiten la existencia de Dios, es la existencia del mundo orgánico, que ha principiado en la tierra en una época en que no había fuerzas que le produjeran, sino únicamente las físicas y químicas. Antiguamente se creía que las plantas y animales inferiores nacían espontáneamente de la corrupción de otros; hasta que los progresos de las ciencias enseñaron que todo ser vivo procede de un germen de la misma especie, de donde surgía inevitablemente esta cuestión: ¿de dónde vinieron los primeros gérmenes? Si no se hubiera aducido este hecho para probar la necesidad de una fuerza exterior y superior al mundo, para explicar la existencia de los reinos vegetal y animal, seguro es que no se hubiera vuelto á poner de moda la tan ridiculizada teoría de la generación espontánea; y este motivo mismo ha inducido al ínclito Büchner á tratarla tan latamente en su libro.

La aparición del organismo, dice, está en correlación con las condiciones del terreno. Los peces aparecen en terrenos marinos; los bosques en la tierra; los animales herbívoros sólo aparecieron

---

(1) Véanse los números anteriores.

después que había vegetales de que se alimentaran, y los carnívoros después de otros animales. Las lombrices intestinales sólo se desarrollan en puntos completamente determinados, y toman las más variadas formas y género de vida, según el animal y órgano en que viven. En el sitio de bosques de pinos ó abetos nacen robles y hayas; se desarrolla una abundante vegetación de especies que no hay en los alrededores; en cualquier salina se encuentran luego los kalofitos y animales de aguas saladas, de los que no se encuentra señal alguna á grandes distancias, dice Giebel. Apenas se trajeron pinos á París, luego se vió la *Lamia edilis* que nunca había vivido en Francia. Los infusorios se hallan donde quiera que se combinan aire, calor y humedad. Luego las *influencias vitales externas* pueden producir las más profundas alteraciones en las especies, como se ve también en las razas humanas, á pesar de no haber razón científica alguna que se oponga á que todos los hombres procedan de una pareja—y en una nota lleva la opinión contraria contra toda razón científica, por el solo gusto de jugarle á la Biblia una mala pasada.

Todos estos argumentos de Büchner prueban que ni Dios ni la naturaleza hacen absurdos, como sería producir peces en las selvas, y bosques de alcornoques en el mar, ovejas antes que hierba, y lobos antes que corderos. ¿Pero prueban que el suelo produjo el primer germen de alcornoque, de oveja ó de lobo? Que en un terreno apto puede ser rapidísima la propagación de plantas ó animales, lo saben todos los naturalistas y hasta los labradores, como también que no siempre se sabe de dónde vinieron los primeros gérmenes ó semillas; pero que los pinos se transforman en encinas ó robles, es cosa dura de creer. Supongamos que las influencias atmosféricas, en particular los vientos y huracanes, esparcen por todas partes las semillas y gérmenes de todas esas plantas y animales citados ¿han de reproducirse y vivir los animales de aguas saladas en las dulces? Si se trajeron pinos á

París ¿es mucho que con ellos viniera la *Lamia ædilis*? ¿Se forman los infusorios sin gérmenes, luego que se encuentren aire, agua y calor; ó es que en este medio se desarrollan sus gérmenes preexistentes, que no podrían hacerlo en otras condiciones? Esta es la cuestión, á que la ciencia, la analogía y el buen sentido dan una respuesta, y los naturalistas de ciertas tendencias otra; porque es difícil cogerlos aquí en renuncio, puesto que con el microscopio ve cada uno lo que tiene deseo de ver. Pero póngase en contacto agua con aire después de haber dado muerte á los gérmenes que pudieran existir, elevando suficientemente la temperatura; y ya se pueden esperar infusorios hasta el día del juicio.

Es preciso verlo para conocer el candor con que se le escapan á nuestro sabio los motivos que tiene «para creer, para estar *subjetivamente* convencido—¿hay convicción *objetiva* por ventura?—de la generación espontánea, á pesar de tener por incontestable el axioma de que *omne vivum ex ovo* en el mayor número de casos, y de que han disminuído los partidarios de la generación espontánea en vista de los descubrimientos modernos; pero no es inverosímil, que ejerza su acción aun hoy sobre los organismos más pequeños». Es confesar paladinamente que desea contra todo obstáculo que la generación espontánea sea hoy una verdad; pues si no lo es hoy, es difícil afirmar que lo haya sido en otro tiempo, á no ser que se diga con Lucrecio, que ya la tierra, como vieja, ha dejado de parir. Á la verdad, nuestros modernos materialistas van poco más adelante que el apologista de Epicuro.

Con fuerza y materia eternas, con generación espontánea, y la transformación gradual de especies, mediante la *selección natural*, que oportunísimamente para el materialismo inventara Darwin, estamos como queremos: el amor de los machos y sus luchas por las hembras, lo han hecho todo, después del aire, agua y calor, que engendraron á las mónadas; y así se llega hasta el primer animal en punto á perfección orgánica, al hom-

bre, que todavía tiene reminiscencias de su pasado cuando se deleita en la música, porque le recuerda los gritos que daba en otro tiempo para enamorar á las hembras, cuando era animal inferior; explicación ingeniosa dada novísimamente por Darwin, y que no sé si satisfará á los maestros. Mala inspiración tuvo el amigo Cotta al dar por insondable el problema del origen de los seres orgánicos, y decir que sólo se entiende en el poder impenetrable de un Criador; porque Büchner le responde que los gérmenes son eternos, ó han existido eternamente en el espacio, han caído por acá, y se han desarrollado cuando encontraron condiciones apropiadas. Sólo me ocurre una duda, y es que no entiendo cómo han podido subsistir estos gérmenes con los doscientos mil grados de calor consabidos, siendo así que según Schaafhausen de Bonn, en cuyos experimentos se apoya para eso que ha dicho de las mónadas que se convierten en algas, infusorios, etc., los gérmenes mueren á los cuarenta ó cincuenta grados termométricos. Si han venido de los espacios imaginarios, menos mal, nada tengo que advertir; porque ello es muy empírico y experimental. «Pero no hay necesidad de esto, añade, porque los hechos establecidos por la ciencia *prueban*—al que tiene la convicción *subjetiva*—que los seres orgánicos sólo deben su existencia y propagación, á la acción recíproca de materias y fuerzas físicas. No se sabe todavía cómo, pero hay esperanzas; y es probable, y para nosotros cierto *subjetivamente*, el nacimiento espontáneo y la formación lenta y sucesiva de las especies superiores, como lo acredita la paleontología»—que no acredita en verdad tal cosa, ni mucho menos. En un *postscriptum* se gloria de que sus esperanzas se hayan realizado tan pronto por los trabajos de Darwin; como si las atrevidas hipótesis de este observador no tuvieran en contra suya á la mayor parte de los naturalistas, especialmente alemanes, á pesar de lo que favorecen al materialismo, y á pesar del incontestable mérito de los trabajos y descubrimientos darwinianos.

Todavía nos falta examinar otros argumentos. «Las razas negras llevan las más claras é infalibles señales del mundo animal anterior de que proceden», —es decir, de los monos.—Pues á pesar de ser tan claras é infalibles, todos los naturalistas, que no han dado en el materialismo, ven diferencias *esenciales* entre las razas humanas inferiores y las superiores de los cuadrumanos, y reconocen el tránsito como imposible en cualquier hipótesis, y después de cualquier espacio de tiempo. El hombre es también animal, y le sucede en esto como á todos, que tiene cierta analogía con los géneros más afines, lo cual no prueba ni probará nunca á los hombres de juicio, que una cabra puede convertirse en una vaca, y eso que son de la misma familia, y más evidentemente tratándose de familias diversas.

«Que aun hoy los embriones de una oveja y de un hombre no se distinguen». ¿Y cómo se quiere que se distingan los de una mónada y otro infusorio, de un molusco y un holoturio? «Que antes la tierra era más vigorosa». —Ya pareció el argumento de Lucrecio: «que si en los tiempos históricos no se observan esos cambios, el pasado es infinito».... Ya, pero el filósofo empírico no debe apoyarse sino en hechos observados y en la filosofía positiva. «Que aun hoy tenemos *cambios de generación*, como en las lombrices intestinales, las biforas, medusas, pólipos, pulgones, etc.» Y ¿por qué no han de ser estados distintos de un mismo animal, como es ya cosa averiguada, y lo vemos en los insectos con algunas diferencias? ¿Quién diría, si no se viera, que la linda mariposa que revolotea de flor en flor, es la misma asquerosa oruga que se arrastra por las hojas de una col? Y ¿quién no sabe que gran parte de estas maravillas están muy lejos de hallarse comprobadas, como el mismo Büchner se ve obligado á confesar respecto de las observaciones de Müller?

Mas ahora viene el argumento perentorio. «Si Dios ha descubierto á estas nimiedades, es preciso concluir que no nace toda-

vía un corderillo sin su intervención,—¡ya veis qué disparate!— y cualquiera mosca, al poner sus huevos, tiene derecho á reclamar los cuidados de ese poder sobrenatural para que le nazca la cría». Pues tendrá ese derecho, y aun imprescriptible é inalienable, si se quiere, y si Dios le falta, que le demande ante un jurado de insectos.

*(Se continuará.)*

FRANCISCO CAMINERO.

## DESCRIPCIÓN HISTÓRICA Y PINTORESCA

## DEL TEMPLO DE SAN PABLO EN BURGOS.

## I.

¡Qué impresión de profunda melancolía inspiran las ruinas de un antiguo y suntuoso edificio! ¡Cómo embarga el ánimo la solemne majestad de los arcos derruidos, las bóvedas agujereadas, las columnas rotas y los capiteles de alabastro hundidos en la arena y medio ocultos por la maleza, que crece, y crece, y se enseñorea en estos lugares solitarios!

Siempre que el hombre abandona un palacio, un castillo ó un templo, la naturaleza con su magia irresistible se encarga de embellecer aquellos desmantelados muros, haciendo brotar de las cornisas talladas como el encaje, de los fustes de las columnas, de la unión de los sillares y de los basamentos destrozados, miles de plantas amigas de la soledad, como la madre selva y el rosal silvestre, el jaramago y la malva real.

Entonces el atractivo de su belleza propia se aumenta doblemente. Los muros, dorados por el trascurso del tiempo, tostados por los ardores del sol, ó ennegrecidos por las lluvias, presentan variados matices de artístico efecto, esmaltándose el tono caliente de las ruinas con el verde oscuro y sombrío de la tupida yedra, ó con el color pálido de las campanillas azules que el viento mece dulcemente sobre la enjuta de un arco.

Cada una de aquellas piedras lleva escrita una leyenda para el alma soñadora del poeta, y de cada ángulo oscuro de las misteriosas ruinas cree ver surgir el espíritu de las cien generaciones que dejaron impresa allí su huella.

Esta manera de sentir, propia y exclusiva del que ama el arte y sus esplendores, aumenta visiblemente si los restos que se

contemplan pertenecen á un templo gótico, levantado por aquellas muchedumbres penitentes que crearon al alborear el siglo XIII, ese maravilloso estilo ojival, genuina expresión del sentimiento cristiano, que parece una plegaria al Altísimo, esculpida en mármol, por el genio potente de una raza de artistas místicos.

Ellos adoraban á Dios con vivísima fe, y al erigirle un templo inspirábanse en la naturaleza, su grandiosa obra, con todos sus arrebatadores atractivos, sus indefinibles encantos, sus sublimes bellezas.

De este modo, remedaban las alamedas de Palestina, la tierra santa, en la larga serie de columnas delgadas y esbeltas reunidas graciosamente en haz, y desde cuyos ricos capiteles partían las aristas de las agudas ojivas á unirse en la clave de la bóveda, simulando claramente un bosque de palmeras.

Los variados detalles decorativos del arte ojival revelan igualmente ese culto por la naturaleza.

Reproducíanla con amor, en las guirnaldas de acanto, en los tréboles y las hojas de cardo desenvueltas, y en las mil figuras de sierpes, reptiles y trasgos que adornaban los bajo-relieves, los capiteles calados de las columnas, los trepados de las ojivas, ó los doseletes afiligranados, que envuelven en suave penumbra las inspiradas cabezas de Ángeles y Santos; figuras delicadas, revestidas con ropajes de pliegues finos y unidos, de cabellos rizados profusamente, de largo rostro, cuya expresión ideal y mística no conoce precedente en la historia de la escultura.

Todos estos encantos del arte imitativo mézclanse en las ruinas con los encantos mismos de la naturaleza, viéndose unidos armoniosamente el cardo de hoja puntiaguda, tallado en el granito, con la planta original que sirvió de modelo al artífice de la Edad Media, y las guirnaldas de Trébol, esculpidas en el mármol, con los penachos de enredadera que cuelgan hilo á hilo de las altas y oscuras bóvedas, quebrando en vivos resplandores el rayo de sol que dora los agrietados muros.

Únese á tanta belleza ese maravilloso tono asienado, barniz de los siglos, que es el mayor encanto de las antiguas construcciones, y que forma poético contraste y fascinador efecto con los batientes de azulada sombra que lanzan los fuertes muros, los haces de columnas y los basamentos acodillados.

Tales ideas exaltaban mi fantasía cierta mañana de primavera del año de 1865, visitando la antigua iglesia de San Pablo, de Burgos, que, por decreto novísimo del Gobierno, se comenzaba á derribar.

Y en verdad que todo contribuía á la meditación.

Un cielo purísimo, esmaltado á trechos de blancas y transparentes gasas, servía de fondo á la nave colosal del templo, inundada de luz por un espléndido sol que iluminaba directamente el embaldosado suelo, penetrando por el alto crucero roto, abierto recientemente con la piqueta demoledora.

Del inmediato jardín público, cuyas alamedas corren á lo largo de los sagrados muros, llegaban hasta mí esos delicados perfumes que la brisa sabe arrebatar al capullo de las flores, á la oculta violeta y á la fragante rosa que crece entre los espinos, columpiándose graciosamente como orgullosa de su hermosura.

La suntuosa iglesia en que me hallaba, se extendía ante mi vista mostrándome por todas partes los tesoros de su belleza, como una protesta muda de la reciente sentencia que la condenaba á ser destruída.

La demolición avanzaba rápidamente. Ya había desaparecido la mayor parte de la bóveda de la principal nave, y muchos de los caprichosos capiteles rodeados de hojas de trébol y parra que decoraban las columnas, rodaban por el suelo hechos pedazos.

Los obreros de aquel infernal trabajo me miraban con extrañeza mientras yo tomaba algunos apuntes sentado sobre un sillar labrado con esmero, donde el arte y el orgullo de linaje unidos, habían trazado con habilidad suma un blasón heráldico que besaba el polvo humildemente después de haber orlado la clave de la altísima bóveda durante seis centurias.

Grupos de columnas reunidas al rededor de un robusto pilar, sostenían los arranques de la bóveda, cuyas aristas recién cortadas y reunidas en haz en su base, indicaban el movimiento del arco que poco antes cruzaba el espacio, formando el signo de la redención sobre la cabeza de los fieles.

Los arcos y las columnas cortaban el edificio en líneas elegantes, modelándose todo el conjunto en la vertical que mira al cielo y desdeñando las líneas horizontales como expresión del arte pagano.

Al frente extendíanse las tres naves principales, largas y estrechas, más ancha y espaciosa la del centro, pero altísimas todas, cerradas por un arco de correcta y aguda cimbra que reunía los caracteres distintivos del primer estilo gótico.

En el fondo de la iglesia se distinguía un arco de sostén, cairelado y esbelto, apoyándose en fuerte machón cuajado de menudos dibujos y prolijas labores, propias todas de aquel período que señala el paso del estilo ojival terciario al pleno gusto greco-romano, y cuyo nombre gráfico de «plateresco» lo debió sin duda á las primeras obras de este género esculpidas en plata.

Por encima de todas estas maravillas, y como esos fondos murales que preferían los pintores venecianos discípulos del Veronés, se alzaba la mole gigantesca de una gran espadaña que servía de fachada al templo, y cuyos altos pináculos remataban graciosamente sobre el color trasparente de blanquísimas nubes.

Muchas mañanas de aquel año repetí mi visita á las ruinas de San Pablo, siguiendo siempre con indecible tristeza los progresos de la demolición, á la manera que el hijo cariñoso lee en las facciones demacradas de su padre los estragos que produce lentamente una oculta y mortal dolencia.

Entonces estudié aquel admirable monumento en todos sus detalles, piedra por piedra, y escribí en las páginas de mi álbum cuanto sabía y recordaba de tan insigne fábrica, no sin que mi trabajo se viese mil veces interrumpido por el estruendo de los grandes sillares que volcaban los trabajadores desde la bóveda, y cuyo ruido sordo despertaba en mi alma dolor profundo.

¿Qué idea guiaba mi mano al trazar aquellos apuntes? No sabré explicarlo; pero arrastrado por el sentimiento del arte, al cual rindo apasionado culto, me complacía en rehacer mentalmente lo que otros se afanaban en destruir para siempre.

Cubierto del polvo de los siglos terminé mi trabajo, y por una excesiva inmodestia, propia de mi carácter, escribí sobre la primera página el siguiente epígrafe:

*Descripción histórica y pintoresca de la iglesia de San Pablo en Burgos.*

He aquí su texto:

## II.

La historia de la iglesia y convento de San Pablo se remonta al año 1213, es decir, al siglo XIII, época de los grandes acontecimientos, de los grandes hombres y edad de oro de la arquitectura cristiana.

Acababa de ser proclamado Rey de Castilla D. Fernando III el Santo, cuyo ardiente entusiasmo por la patria había de conducirle, de victoria en victoria, hasta las puertas de Córdoba y Sevilla, y cuya propiedad y espíritu religioso le reservaba la gloria de unir su venerado nombre á la fundación de nuestra maravillosa catedral.

Un día se presentó en las gradas de su trono un hombre de aspecto humilde, dotado por Dios con el don de lenguas y la fuerza arrebatadora de una elocuencia sublime, que demandaba del Monarca castellano su protección y amparo para fundar un templo é instituir una nueva Orden monástica que había merecido la aprobación del Pontífice.

Aquel hombre, sobre cuya frente brillaba la aureola celeste de los Santos, y que había dado la vuelta á Europa predicando la penitencia y la reforma de las costumbres, era Santo Domingo de Guzmán, que pretendía construir en Burgos el primer templo de la nueva Orden de predicadores bajo la advocación de San Pablo.

Las márgenes del río Arlanzón, entonces solitarias y abandonadas, fueron el lugar elegido para la construcción del monumento, y los nuevos monjes se instalaron transitoriamente en la primitiva iglesia de San Cosme y San Damián, desde 1218 hasta 1265, en que ya el adelanto de las obras del convento de San Pablo les permitió ocupar el edificio levantado para este objeto.

Favorecida la fundación desde un principio por el santo Rey, logró después la protección de sus sucesores como D. Alonso el Sabio, D. Sancho el Bravo, D. Fernando IV y la Reina Doña María de Molina, su madre, D. Juan I que concedió á los monjes el privilegio de extraer cuanta piedra se necesitase de cinco

leguas al contorno; D. Juan II, que confirmó después estas prerrogativas, aumentándolas en beneficio del convento, así como D. Enrique IV, D. Felipe II y D. Felipe III.

No sería fácil fijar con exactitud el año preciso de la fundación del convento y templo que nos ocupan, mas puede asegurarse que en 1222, un año después de la muerte del Patriarca Santo Domingo, ya estaba constituida la comunidad. En el mismo año vino de Toledo el Rdo. P. Suero, compañero del fundador, á girar una visita al moderno monasterio en su calidad de primer Provincial de la Orden en España, y en 1237 se celebraba un famoso Capítulo, presidido por el santo Fr. Gil, Provincial de la Orden, acordándose entre otras notables disposiciones la creación del convento de San Pedro de Córdoba.

Su abolengo era ilustre: creado por el fundador de la Orden de Predicadores, mantuvo en reñidas controversias los timbres de su veneranda antigüedad, sosteniendo litigios con el real convento de San Pedro Mártir de Toledo, que le disputaba el privilegio de ser el primer convento instituido por el Santo Patriarca.

Curiosas son, en verdad, estas largas discusiones de ambos monasterios, juzgadas muy variadamente por los definidores de la Orden en muchos Capítulos provinciales.

Por los años de 1545 se declaró solemnemente la primacía en favor del convento de Burgos, fallo que fué confirmado en 1559 por el Capítulo de Segovia, concediéndole el tercer lugar en el coro derecho. Pero como estas contiendas debían seguir iguales vicisitudes que las ciudades mismas que las originaban, fluctuó siempre el favor de una en otra, sosteniendo idéntica competencia que por los privilegios y fueros de sus procuradores para usar de voz y voto en las Cortes del Reino.

Á pesar de esta lucha y de las decisiones contradictorias recaídas en el asunto, es indudable que el derecho estaba de parte de Burgos, como lo acredita una Bula del Papa Gregorio IX, expedida en 1227, primero de su pontificado, sobre que los Prelados eclesiásticos no impidan á los frailes Predicadores oír las confesiones de los monjes, ni predicar en sus casas ni en los demás templos, etc.; Bula que fué dirigida al Prior del convento de San Pablo de Burgos por ser, entre los de su Orden, el más antiguo de toda España.

Del mismo modo algunos años más tarde, el decreto de canonización de Santo Domingo, expedido solemnemente en 13 de Julio de 1234, le recibió también el Prior de este convento

Es, pues, indudable, que el monasterio se fundó de 1218 á 1220; es decir, que fué comenzado en los primeros albores del siglo XIII, en el momento preciso en que el nuevo arte acababa de constituirse, rompiendo con las tradiciones añejas de la arquitectura.

Los siglos XIII, XIV, XV y XVI se encargaron después de elevar este notable documento, arrojando sobre él, como las flores escogidas de un hermoso jardín, todos los primores del arte decorativo.

Formado bajo el influjo de las ideas contradictorias que dominaron el arte en épocas tan diversas, no ofrecía este templo esa armonía que se advierte en la Cartuja de Miraflores, obra admirable que embelesa y cautiva el ánimo por sus acertadas proporciones, su adecuado estilo, la relación precisa del todo con sus detalles acabados, el carácter y sello de propiedad que la distingue y que impresiona y seduce como los sonoros acordes de una melodía dulcísima.

Pero á falta de esa unidad que distingue á los monumentos comenzados y terminados dentro de una época dada, y cuya belleza pudiera compararse á la obra inspirada de un solo autor, el convento de San Pablo ofrecía á la vista por sus mismas alteraciones y contrasentidos, ese gran interés, esa viva curiosidad que allí donde el artista deja de sentir hace investigar al arqueólogo.

La Iglesia, ya lo hemos dicho en la primera parte de este escrito, era alta, estrecha y oscura, bañada apenas de una media luz que penetraba á través de las airosas ojivas, dándole un aspecto sombrío muy en armonía con el recuerdo de las catacumbas que los artistas de la Edad Media se proponían evocar siempre al construir las naves. Su extraordinaria longitud constituía una de sus principales bellezas, contribuyendo á su mayor atractivo la altura de las bóvedas, la sucesiva hilera de los arcos góticos, y el atrevido ábside perdido allá en el fondo y envuelto en misteriosa penumbra.

Nada más propio que el nombre de *nave* empleado desde muy antiguo para designar estas magníficas capillas, parte principal

de los templos, porque «la Iglesia cristiana es verdaderamente un buque del que Jesús es el piloto invisible, San Pedro su representante, los Ministros los oficiales, y los fieles los felices pasajeros. Combatida por los vientos de la impiedad, jamás queda sumergida ni se estrella, y es necesario estar en su seno para atravesar el mar del mundo, arrostrar las tempestades de la vida y salvar incólume el oleaje de las pasiones». (*Catecismo de la Perseverancia de Gaume.*)

Los sepulcros, esa segunda religión de los pueblos y las familias, abundaban en San Pablo como en todos los tiempos góticos.

Bajo las gradas del presbiterio, que era extenso y capaz, se hallaban varios muy notables como el del Infante Fernando Manuel, nieto de San Fernando, según rezaba su epitafio, que copiado literalmente decía de esta manera:

«Aquí yace el muy esclarecido Infante D. Manuel Fernando, »hijo primogénito del Rey D. Alonso el Sabio: casó con Doña »Blanca, hija del Rey San Luis de Francia; tuvieron dos hijos, »á D. Alonso y á D. Fernando; murió en vida del padre, año »de 1275».

Muy inmediatos á este, tres grandes losas guardaban los restos de sus hijos D. Fernando y D. Alonso y de su nieto D. Juan Muñoz de Lara, señor de Lara y Vizcaya.

Todos estos enterramientos fueron renovados en 1629, siendo Prior del convento el P. M. F. Gabriel González, bajo aquella influencia de mal gusto que ya empezaba á sentirse, y que había de producir en breve lamentables extravíos y desdichadas restauraciones.

El célebre Obispo D. Pablo de Santa María hizo escritura de convenio con la comunidad del convento en 1394, obligándose á concluir las obras de la iglesia si quedaba reservada para su enterramiento y el de su familia toda la nave central.

Al lado del Evangelio veíase su memoria sepulcral con esta leyenda:

«Hic requiescit corpus Reverendi Patris Domini Pauli, mise- »ratione divina Episcopi Burgensis, Magistri in Theologia, Ar- »chicancellarii et Consilarii Serenissimi Domini nostri Regis »Joannis hujus nomini secundi: Qui venerandus Pontifex cum

»Sacristia, et capitulo, suis sumptibus edificavit, Additiones ad  
 »Postillan Magistri Nicolai de Lira et librum qui dicitur Scruti-  
 »nium Scripturarum ad fidelium impugnationem composuit. Et  
 »post hæc multa alia pia opera, liberatus de corpore mortis hu-  
 »jus, profectus est ad Omnipotentem Deum senes, et plenus die-  
 »rum 29 Augusti anno Domini 1435. Etatis vero suæ 83 Cle-  
 »mencia divina illum in gloria sua collocare dignetur. Amen».

Este famoso Prelado, natural de Burgos, que había sido ju-  
 dío de profesión, casado y padre de muchos y esclarecidos hijos,  
 legó al convento, después de su conversión, grandes sumas,  
 acabó de construir mucha parte de la iglesia y fué uno de sus  
 más entusiastas protectores.

*(Se concluirá.)*

ISIDRO GIL.

## LA PRIMAVERA.

---

Á MARGARITA DEL COLLADO Y GARGOLLO.

---

Como escarcha en la yerba,  
 Pasó el invierno en la templada zona.  
 De témpanos reserva  
 La rígida corona  
 Para el volcán do eterno se pregona.

Mas en los valles nunca  
 Muere todo el verdor: del arroyuelo  
 Jamás el curso trunca  
 Grillo de áspero hielo,  
 Ni el sol en esquivez contrista el cielo.

Del agostado campo  
 Más de una rosa en la extensión descuella;  
 Y con vívido lampo  
 De larga noche y bella,  
 Recama el manto innumerable estrella.

Natura sin esfuerzo  
 Avanza aquí con generosa prisa,  
 Desde el hurraño cierzo  
 Á la plácida brisa  
 Que el imperio de Abril cercano avisa.

La que de Marzo al aura  
 Brotó menuda yerba en la planicie,  
 Con la lluvia restaura  
 Lecho donde acaricie  
 Grato sueño al cansancio ó la molicie.

Ya encorva los frutales  
 La abundancia, en espera del verano;  
 Y las galas florales  
 Que vistió más temprano,  
 Aun guarda entre sus pomas el manzano.

Por las ramas del arce  
 La trepante liana se apresura;  
 Y la orquídea resarce  
 Con flores en hartura,  
 El sustento que el tronco le procura.

Pródigas de fragancia,  
 Las rosas—pompa que devasta Mayo—  
 Con igual arrogancia  
 De las albas el rayo,  
 De las tardes emulan el desmayo.

Aun antes de que rompa  
 La virginal magnolia su capullo,  
 Vencido de tal pompa,  
 Cambia el viento su orgullo  
 De suplicante amor en manso arrullo.

Óyelo, y la confianza  
 Pierde el clavel, atado á mimbres pardo;  
 Mas lega su venganza  
 Al triunfo, no muy tarde,  
 De la casta azucena y blanco nardo.

La tierna pasionaria  
 Del plúmbago ostentoso á la par medra:  
 La enredadera varia  
 Con la amorosa yedra  
 Del muro abraza la insensible piedra:

La diminuta alfombra  
 Se agrupa junto al noble pensamiento;  
 Y la viola en la sombra  
 Busca retraimiento,  
 Emblema de modestia y sentimiento.

Mientras valles y montes  
 Con variedad de plantas reverdecen,  
 Los limpios horizontes  
 Dilatarse parecen,  
 Y con luz renovada resplandecen.

Todo en torno revive  
 Al penetrarse del calor fecundo.  
 Al soplo que recibe,  
 Diríase que el mundo  
 Más ágil flota en el azul profundo.

Miríadas de zumbantes  
 Insectos por el aire se deslizan;  
 Sus falanges brillantes  
 Hoja y yerba matizan,  
 Y en su cáliz las flores los hechizan.

En tanto á la canora  
 Familia de las aves diligente,  
 Fruta que apenas dora  
 Madurez impaciente,  
 Brinda manjar y gozo juntamente.

En la intrincada rama,  
 En el aire sereno, entre las flores,  
 La prolífica llama  
 De los castos amores  
 Halla sin fin alumnos y cantores;

Y en eminentes partes,  
 Con solercia asombrosa contruidos  
 Sin enseñadas artes,  
 Del viento remecidos  
 Penden seguros los amados nidos.

La amable golondrina  
 Que en el techo de claustro no lejano  
 —¿Hoy mísera ruina! —  
 Uno y otro verano  
 Anida sin temor de aviesa mano,

Ágil revolotea  
 Rozando el terso lago; y en la orilla  
 Luego alegre aletea,  
 Remojando la arcilla  
 De que fabrica la mansión sencilla.

Conózcola en el claro  
 Collar que pinta su gentil garganta,  
 En el gorjeo raro  
 Con que á la aurora canta,  
 Y en que á todas en Marzo se adelanta.

Miés de trigo amarillo,  
 Del hórreo gozo próximo, se junta  
 Al maíz que con brillo  
 En el surco despunta  
 Donde rige el colono arado y yunta.

En la iglesia lejana,  
 El cántico de humilde rogativa  
 Al par de la campana  
 Resuena; y la votiva  
 Procesión, del labriego la fe aviva.

.....

¡Oh estación apacible,  
 Mocedad de natura y su delicia,  
 De que el alma sensible  
 Con ávida codicia  
 El recuerdo balsámico acaricia!

¿Qué falta á tus primores  
 Sino el durar?..... ¡Y no que tu fortuna  
 Estío en sus ardores  
 Tal devora, que aduna—  
 Bárbara ley--tu féretro y tu cuna!

Fué así mi edad florida;  
 Mas sin dejar en término cercano  
 Mi esperanza cumplida,  
 Como la tuya ufano  
 Realiza en dignos frutos el verano.

Al deleite se arroja  
 Necia la juventud: viento bravío  
 De flores la despoja;  
 Y en su follaje umbrío  
 Busca, y no halla provechos el estío.

Estéril el otoño  
 Llega, y en pos más árido el invierno.  
 Empero, ¿otro retoño  
 Daráanos Abril tierno?.....  
 ¡La nueva primavera está en lo eterno!

¡Feliz quien de la hormiga  
 Imitando las útiles labores,  
 Atesorar consiga  
 Frutos, no vanas flores,  
 Con que afrontar de Enero los rigores!

¡Beato el que se aleja  
 De las flores de Abril que el deleite abre;  
 Y cual próspera abeja,  
 Con las que el juicio entreabre  
 Panal de ciencia y de virtud se labre!

Tú que del alma mía  
 Eres íntimo afán, ansia primera,  
 Á quien prudente guía  
 Materna consejera  
 Por los pensiles de la edad ligera,

Atenta sigue el blando  
 Eco y ejemplo de la madre amada;  
 Y en virtudes medrando,  
 Y en buen saber lograda,  
 Hazte á la seria edad aparejada.

No cual otras mujeres,  
 Soñando eterno este vernal follaje,  
 Á fútiles placeres  
 Tributes vasallaje,  
 Al vano afeite ó al soberbio traje.

Así flor duradera  
 Sobre robusto vástago eminente,  
 Será tu primavera;  
 Y en el cáncer ardiente  
 El fiero sol respetará tu frente.

Y yo desde mi ocaso —  
Región de melancólica ternura—  
Con júbilo no escaso  
Veré cuánta ventura  
La rubia aurora de tu abril augura.

CASIMIRO DEL COLLADO.